ROSA MARÍA JIMÉNEZ MARZAL

LA CARA DEL OTOÑO

MANO IZQUIERDA EDITORES

Rosa María Jiménez Marzal
La Cara del Otoño
Relatos
(Recopilación de relatos entre los meses de agosto a noviembre del año 2021; Serra, Valencia, España)

Edición bajo el cuidado de
Mano Izquierda Editores.

Fotografías de Rosa María Jiménez Marzal.

Circa, Lima-Perú 2023.

¿Mamá, a ti cómo te gustaban los chicos? Y esa pregunta inocente de tu hija te sorprende en ese momento de tu vida, en que ya no recuerdas aquellos tiempos lejanos. Me hizo pensar en la primera vez que descubrí al otro sexo, que detuve mi mirada en un chico. Tendría unos once años y fue el carbonero. Un joven con un mono azul y todo tiznado que nos traía periódicamente el carbón. Me quedaba absorta en esa suciedad bella que, poco después me volvió a hacer mirar con verdadero interés, al joven que arreglaba, en la calle, los autobuses estropeados. Otro mono azul y suciedad de grasa que creaban fascinación en mi tierna edad.

Después fueron los rubios, quizas por ser un país donde excaseaban en aquellos años. Rubios con ojos claros que me dejaban días alterados.
—Papá no es rubio...

Después me sentí atraída por los que llevaban el pelo largo. Pero no melenas sucias, con rastas; melenas limpias que solían acompañar a una pequeña barba. Ese pelo que movían con una gracia especial, levantaban anhelos en mi corta edad.
—Papá es calvo...

Luego me fascinaron las gafas, esos ojos que tenían un aire especial de intelectual.
—Papá no lleva gafas.

Y me gustaban vestidos de forma informal, limpios y arreglados pero nada de camisas ni corbatas.
—Papá lleva corbata.

Me gustaban de mi estatura, incluso más bajos que yo, una atracción por el hombre manejable... qué se yo.
—Papá es alto.

Me atraían mayores que yo, maduros, con poso.
—Papá tiene tu misma edad.

Cariño, me gustaron muchos, fue un aprendizaje lento, pasajero, platónico. Aprender a captar la belleza del hombre cuando eres aún una chiquilla a la que ni siquiera miran. Pero ya adulta, me fijaba en los hombres educados, que tuvieran conversación y, lo que es más importante, que supiesen escuchar. Porque oir no es lo mismo que atender y ellos suelen estar en otras cosas, cuando tú necesitas hablar y conversar.

Esos hombres que te hacen sentir cómoda, especial, que no debes atar corto porque no se apartan de ti. No sé, cada mujer tiene su hombre ideal, aquel soñado aunque se casen con el opuesto porque el amor es irracional, una corriente eléctrica entre dos desconocidos que, de repente, se descubren.
—¿Entonces te gustaba papá?
—No era mi tipo, no me hubiese fijado jamás en él, pero hablamos, me miró y algo pasó... Te pasará algun día, eso es enamorarse.

Si tuviese que hacer un retrato robot de mi hombre soñado, con todos esos retazos del ayer... sería un hombre de unos cuarenta años, rubio, ojos azules, pelo largo, gafas, barba, de estatura media y vestido con vaqueros y camisa de cuadros. Pero el amor es una atracción que supera los

límites físicos, ignora los defectos, embellece las carencia y altera tus sentidos.
—¿Y si no me gusta nadie?
—Podría ser pero no será, deja de preocuparte de buscarlo porque él te encontrará a ti en cualquier sitio, donde menos te esperes.

Papá apareció cuando ya hacía tiempo que no me gustaba nadie, estaba ciega al otro, aburrida de rostros que me eran indiferentes, de maneras desagradables y formas de vestir que me resultan contrarias a mi forma de ser. Él surgió en el momento concreto, cuando estaba resignada a vivir sin amor... y bastó una mirada y unas palabras, un aroma único y esa noche estuve inquieta hasta el amanecer, temiendo no volver a verlo.
—¿Te gusta papá?
—Me gusta tu padre, a pesar de no ser ni tener nada de lo que, con tu edad, me volvía loca. Es inteligente, buena persona y eso embellece cualquier rostro.

Cuando dejé a la niña, muy preguntona hoy, en el colegio, busqué con ansiedad a ese padre que también me miraba... y descubrí que era rubio, con pelo largo, gafas... y sentí que el suelo se abría bajo mis pies. ¿Será posible que yo también sea retazos de las niñas que un día amó?

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Soy una chica antisistema, antivacunas, antitodo aunque no entienda el porqué. Es un movimiento moderno que arrastra multitudes y salirse de allí es caer en el ostracismo social.

Soy partidaria del poliamor, aborto y eutanasia, la poligamia, la píldora del día después. Me considero atea, ácrata y anarquista, estoy en contra del racismo, soy feminista y me encanta que no haya un género que me defina.

Soy rebelde para huir de unos padres políticamente correctos, de Misa dominical y pago de sus impuestos. Ellos no me conocen, creen que soy la chica formal que viste con moderación y nunca levanta la voz, pero se asombrarían si me vieran salir de la gasolinera o el super, después de hacer el cambio de ropa y maquillarme.

Hoy cumplo 18 años, es mi último día en casa, quiero decir adiós a esas tediosas noches viendo la TV, juntos bajo la manta. Hoy vendrán familiares con olor a naftalina, abuelas denostadas y amigos apolillados. Regalos, tarta y sonrisas enlatadas para que se guarden un buen recuerdo.

Tengo la maleta preparada, incluso me compre un móvil que mañana tendrá otro número para no ser localizada. He conocido gente liberal, comprometidos con el medio ambiente, vegetarianos, personas que están contra las corridas de toros y la caza, amor libre y fumar María. Papá me ha hecho salir fuera para darme el regalo. La sorpresa ha sido inmensa, más de lo que esperaba, no lo necesito allí donde voy...

Un pequeño coche de segunda mano, recién pintado y con un lazo rojo. Todo muy espectacular.
Mi madre decía:
—No está preparada aún, es muy nerviosa, no debiste.
—¡¡Calla mujer!! Nuestra hija puede con esto y con más. Podrá ir a la Universidad, trabajar, ir con sus amigas...

Yo pensaba que jamás voy a ir a la Universidad, ni voy a trabajar y esas amigas, hace tiempo que fingen serlo pero se apartaron de mí.
—¿Puedo probarlo?
—Nooo.
—Claro, cariño pero solo una vuelta a la manzana.
—¿Por qué le dices que sí? Está todo el mundo ya sentado, sin ella no podemos empezar.
—Unos minutos mujer, no seas tan ansiosa.

Una vez lo puse en marcha me sentí libre, perdí la noción de la realidad y enfile carretera abajo. Era como volar, ser dueña de tu destino...

En la carretera vi a unos autoestopistas que me hacían señas y, en ese aire incalificable de beatitud y estupidez, me detuve. Se subieron los dos, una chica nohina y un joven de aspecto macarra. Nada más verlos por el retrovisor supe que no debi parar. Empezaron con bromas hasta que les hice saber que me estaban esperando y debia dar la vuelta. ¡Cómo se me ocurrió decirles algo así! El, sacó una navaja y me amenazó en que siguiera adelante, pero en vista de que, por miedo, no atinaba, me hizo frenar en una gasolinera. Allí entró y salió corriendo con una media en la cabeza.

Empecé a gritar y cogió el volante dando un giro que nos sacó de la calzada. Allí me sacaron con malas maneras del coche y huyeron con él.
No sabía lo lejos que estaba de casa, qué estarían pensando de mi tardanza, no llevaba móvil ni documentación. Se hacía de noche en una carretera comarcal de escaso tránsito. Por instinto busqué donde pasar la noche y tuve la suerte de ver un chamizo que parecía abandonado en un páramo.

Al llegar pude abrir y me encontré con unos perros atados a la pared, escuálidos y muertos de miedo. Los solté y me dieron calor esa noche. Al amanecer aparecieron unos hombres armados que, al verme me encañoraron.
—¿Y esta tía qué hace aquí? ¿Quién te ha dado permiso para soltarlos?
—Será una de esas que estan con los derechos de los animales.
—Pues mira por donde me paso yo esos derechos...

Y comenzó a golpear a los aterrados animales que gritaban de dolor. No sé qué pensé ni como fui capaz, pero cogí tierra del suelo y se las eché en los ojos. Luego salí corriendo sin mirar atrás hasta llegar a la carretera. Allí vi que me seguían dos perros y pude escuchar los tiros que acabaron con los demás.

Un rato después me senté en una piedra y vi llegar un coche, rápidamente hice los mismos gestos que hicieron conmigo aquellos dos indeseables, pero ni me miraron. Estaba claro que debía seguir a pie con esos animales que decidieron que yo era mejor que nada.

No podía dejar de pensar en mi madre histérica echándole la culpa a mi padre, a éste discutiendo con la Policía que, al ser mayor de edad, no empezarían a tomar en serio la desaparición hasta pasadas las 24 horas, a mis abuelas rezando, los niños armando jaleo y la tarta sin apagar. Otro coche se acercó y aminoró la marcha. ¡Al fin!
—Hola muñeca... ¿quieres subir con tu papito? Lo pasaremos bien.

Creo que fueron los perros los que evitaron que se bajara para usarme como un felpudo. No sé cómo pero apareció mi padre con su coche. Lloramos y nos abrazamos.
—Yo no quería, es que...
—No tienes que darme explicaciones, vamos a casa, sube.

Iba a hacerlo cuando vi a esos dos perros desgraciados que estuvieron conmigo y le dije que tenía que llevármelos.
—¿Estás loca? Esos animales enfermos y sucios, ni hablar. Ya vendrá su dueño.
—Eso es lo que no quiero que pase, los matará o, lo que es peor, los atará a la pared de tal modo que ni sentarse puedan.

Lo dudó, sabía que o me salía con la mía o ahí nos quedábamos. Al llegar a casa me recibieron los que habían pasado la noche con mis padres, todos se alegraron en una festiva y sincera bienvenida. Cuando subí a mi habitación vi la maleta, mi deseo de huir y todo lo que me había tropezado ahi fuera, en unas horas. Me duché y no bajé hasta que todos se hubieron marchado.

Entonces salí, atendí a los animales y entré despacio. Me

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

metí bajo la manta para ver la teve. Mi madre quiso decir algo pero mi padre se lo impidió. Quizás no soy todo lo que creía ser, deba volver a retomar los estudios y dar una oportunidad a esta forma de vida donde las cosas no serán estimulantes, ni transgresoras pero sí predecibles y seguras.
Eres esa amiga que te es infiel, la que te tiene una envidia que disimula con falsa amabilidad. Una amiga que te ridiculiza para poder de ese modo sentirse, un rato, superior. Eres la peor amiga, la que le viene grande el nombre... porque me llevas la contraria, me pones en evidencia y me humillas con crueldad.

Ese tipo de mujer que es enemiga de las otras mujeres, que se acerca a ellas para chupar su energía y dejarlas fuera de juego. Eres así, desleal, traicionera, amiga de mis enemigos, hablas a mis espaldas, críticas sin pudor y luego me pones buena cara, me quieres mucho.

Y yo te dejo que lo hagas, quizás la soledad, los años, las pocas ganas de discutir con la estulticia y con la maldad. Eres amiga de temporada, cuando no tienes nada más, no soy tu prioridad, jamas dejarás nada para dedicarme la exclusividad... y me llamas y acudo como si fueras esa persona especial que todos merecemos.

Nadie puede vivir al menos en la plenitud mental, sin una amistad sin fisuras ni engaños, contentarse con despojos de baja calidad humana, es hacer acopio de aire para no fallecer axfisiado.

Eres mala, una maldad cordial, a veces divertida, superfi-

cial y engañosa. Estarás ahi siempre que no suene el teléfono y te tengas que alejar, no sea que conozca el desván sucio de la trastienda de tu alma...

Y yo, debería irme, dejarte con tus tramas, dimes y diretes, salir tan rápido que cuando vuelvas hacia mí tu hipócrita cara, no me encuentres. Pero ahí estoy, con un masoquismo a prueba de traición, esperando la migaja de atención que me tienes preparada. No eres digna de mi, incapaz de ponerte en mi lugar, ser generosa al menos verbalmente... y voy dejando de quererte, de necesitar tus ausencias, enredos y mentiras. Me da vergüenza ajena verte chapotear en el lodo con cualquiera antes que sincerarte conmigo.

Somos amigas, no rivales. Mujeres ya echadas en años, con un pasado difícil y nos queda poco tiempo. Algun día una se dará cuenta de que se ha cerrado esa puerta que no abre y llorará todo lo que no dijo, las cosas que no regaló, las veces que vivió a solas cosas sin compartir.

Eres mala, egoísta y tacaña, pero mi soledad necesita a otro ser humano aunque sea defectuoso y me rompa el corazón.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Este espejo que me dio la espalda hace años, me devuelve la imagen de una mujer desconocida pero que mira fijamente con los mismos ojos de aquella que fui. No suelo detenerme, apenas enciendo la luz, me aterran las arrugas, esa boca desdibujada, mis rizos desrizados, lacios y ridiculos en un color neutro que desdibuja mis facciones.

Un día fui bonita, nada espectacular pero agradable de mirar, ahora he perdido la juventud y me debato con dejadez ante estos cincuenta años que me han atrapado en una esquina de esta vida vivida de una forma descafeinada, a trompicones, arrastrando dos divorcios, dos hijos y ambas familias políticas. Creo que mi inseguridad nace del fracaso, de estos matrimonios que no supieron superar los años suficientes para afianzar una vida.

Me siento fea, cansada de discutir con hijos caprichosos que aprovechan el río revuelto para hacerse con todo aquello que les gusta. Harta de la madre de uno y el padre del otro, de sus consejos para que vuelva o las advertencias para que no se me ocurra. Dos hombres, aparentemente diferentes pero iguales, flojos, apegados a sus padres e infieles. Nunca tuve gusto con los hombres, qué le vamos a hacer... y ahora me caen los 50 años y siento que ya perdí mi último tren.

Este espejo es la acusación silenciosa del desastre de vida que he llevado. No me he mimado, siempre detrás de todos, buscando excusas, haciendo favores, siempre callando bocas y evitando disputas. Siete cuñados, doce sobrinos, abuelas y tías que estiran o me empujan. Dos esposos que no supieron hacerme feliz o yo, cómo dice mi

harta madre, que soy muy difícil y antipática. No se de quien ha sido la idea pero me ha llegado entre secretos a voces y cuchicheos en voz alta, la locura de celebrar mi cumpleaños con las tres familias juntas, las de ellos y la mia que nunca se ha visto en una igual. Han perdido la cabeza o es una especie de suicidio colectivo... y yo con esta pinta.

Si me pongo maquillaje las arrugas parecen carreteras, si voy sin hacerlo las manchas y la palidez me dan un aire de enferma menopáusica. Si me desrizo el pelo parezco una escoba pero si los acentuó... puede ser de impacto súbito.

Lo mejor es no ir, fingir una parálisis nerviosa, un desmayo derivado en coma, lo que sea, incluso cometer un delito y pasarlo en un calabozo. Todos me mirarán y pensarán lo mal que llevo la edad, lo bien que han hecho estos dos truhanes en liarse con jóvenes sin voluntad.

¿Traerán a sus parejas? No había pensado en esa angustiosa situación. Es como poner pescado fresco junto a uno ya pasado... no pueden hacerme algo así.
—Tú eres tonta —dice la espabilada de mi madre que lleva sesenta años cargando con mi padre, un dechado de defectos y manías—. Ve a la peluquería, tiñete de rubia, mechas, mas corto, alisa los rizos... y pensar que eso fue lo que me llamó la atención de tu padre... si es que somos tontas. Bueno, a lo que íbamos, ponte ropa nueva, de joven, alegre y sexi y ve acompañada de un hombre bien plantado.
—¿Cómo? ¿Te has vuelto loca? ¿De dónde voy a sacar una

pareja para dar el pego? Nadie se lo creería.
—Tú déjame a mi. Irás con un hombre perfecto que conocerá todo de ti y te tratará como a su novia... Será por dinero...
Y el espejo me devuelve la imagen de una extraña, atractiva y joven pero que me mira con mis mismos ojos.
—Esto no va a funcionar, no puede salir bien... y veo reflejado en el espejo a un hombre canoso y atractivo que me besa la mejilla.
—Vamos cariño, hoy estás preciosa.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Nunca me preguntas, jamás te interesas por algo más que mi salud o comodidad física. Te cuesta ahondar o quizás temes profundizar a una zona en la que no sepas manejarte con soltura. Eso es, debe ser, eres superficial en modos y afectos, vives a ras, en vilo, sin raíces, te asusta que te aten y líen.

Nunca me miras por dentro, sólo ojeadas para ver mi aspecto, sin querer. saber que esconde mi mirada, ese abismo de sueños irrealizados, pasiones ocultas y creencias inamovibles. Temes conocerme y no amarme, saberme y perderte en mi. Y así jugueteas travieso en un constante devaneo sin calado ni freno.

Nunca me escuchas cuando estoy callada, incapaz de apreciar los mensajes sin voz, aquellos que se muestran en gestos sutiles y a veces bruscos como sacudidas volcánicas.

Nunca estás conmigo aunque me acompañes, maestro de la ficción y la apariencia, pero ignorante en el fino saber de coordinar ideas, aceptar otras, amar lo ignorado e ignorar lo detestado.

Nunca sé quien eres en tus múltiples disfraces, cada cual más disparatado. Y no hablo de ropajes innecesarios y pueriles, hablo de esas tus formas de ser, una serie de respuestas preparadas para cada ocasión y que estallan en mil pedazos cuando surge el imprevisto. No te conozco aunque te sé, no me conoces aunque me quieres, somos desconocidos unidos por el tiempo y la desgracia, huérfanos que se aferran en un intento muerto de ser familia.

Nunca me dijiste de dónde vienes, qué sueñas ni que temes, hablas mucho porque sabes mucho. Pero no dices nada de ti para amarte u odiarte. Yo deseo hacerlo pero lo ves venir y sales por peteneras, no buscas la verdad, te importa poco el absoluto, nadas en superficie, por miedo a esa profundidad te pierdes la grandeza de lo desconocido.

Nunca has dicho que me quieres, aunque me quieres, no te dejas abrazar, quizás un rechazo químico a ese vacío existencial que nubla tu realidad. Somos un fraude, una quimera, lo que queda de un naufragio, la ceniza de un fuego, somos deseo incontrolable, miedo resuelto, amor en fase previa, promesa de futuro.

Nunca...

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Las ventanas y yo en una relación amor odio. Ha sido casualidad o no pero siempre dormí junto a una de ellas. De niña esa ventana de cristal, que se abría hacia afuera, débil y delgada que debaja pasar el frío y el aire. Noches de tormenta que, desde mi ventana de un sexto piso parecía el fin del mundo.
—Debes contar... primero ves la luz, entonces despacio dices uno, dos, tres... hasta el trueno. Eso son los kilómetros de distancia de la tormenta. Si ves que cada vez cuentas menos, se está acercando y del otro modo se va.

Esa explicación me ayudó a controlar el terror y dormirme cuando la cuenta atrás era cada vez más larga. Aún así me tapaba la cabeza con la sábana y los oídos con las manos.

Algún gracioso me dijo que a las doce de la noche los muñecos cobraban vida y, fuera de toda lógica, lo normal hubiese sido meterlos en el armario; los metía en mi cama. Dormía con osos, peluches y muñecas bajo esa ventana oscura e inquietante.

Nunca ninguno se puso en marcha pero pasé noches incómoda y rompí algunos de ellos. Acabé con esa tontería para pasar al miedo al viento. Aquellas ventanas de mi infancia no eran climalit y el viento se colaba produciendo un sonido que me impedía dormir.

En la infancia no se calibra la realidad, para mi era una amenaza real, ese viento podía tirar el edificio o romper los cristales y llevarme con él. Esa ventana que en verano era un alivio y por la que sacaba los pies para recibir una

pequeña dosis de fresco esa ventana por la que ver las estrellas... se hizo temible cuando vi en la azotea de enfrente la silueta de un hombre que miraba hacia mi casa, mi cama.

Cerré la ventana y corrí las cortinas sin decir nada a mi madre que, seguramente, me haría contar otra vez. Ahora soy adulta, vivo en otra casa y no duermo sola. Pero mi lugar es al lado de la ventana, creo que elegido por mi en mi miedo, también a esa puerta de la habitación siempre entreabierta.

Compramos un colchon gigante, de manera que si no te esforzabas nunca te rozabas con la otra persona. Más de una vez estiraba el brazo para tantear o recorría el espacio para recibir ese calor que solo otro cuerpo puede darte. De repente me encontraba sola en esa cama mientras el permanecía de pie frente a la ventana. Los terrores infantiles me dieron un repaso.
—No pasa nada, no puedo dormir, tranquila.

Palabras que dejan de ser efectivas cuando esa vigilancia se prolonga en el tiempo. Una noche los cristales se rompieron de una pedrada y le hirieron en la cabeza. No quería pero llamé a la Policía.
—No tengo ni idea, agente, estaba mirando a los gatos que buscan en la basura, alguna gamberrada. ¡Yo sabía que mentía! ¿Qué es eso de mirar a los gatos? Siempre ha sido un hombre de sueño profundo.

Mi curiosidad me hizo buscar la piedra y aunque no pude dar con ella si me encontré el papel que la envolvía.

—¡Paga lo que debes!

Era una amenaza... ¿pero en que está metido este hombre? Supe que era una deuda de juego y, tontas que somos las mujeres, vendí mis joyas para que hiciera frente a esa cantidad, mientras me prometía llorando que nunca más lo haría.

Volvieron las plácidas noches aunque introduje algunas novedades. Puse una cámara en la puerta y me hice con un perro que dormía en la habitación, bajo la ventana. Unos meses después me sobresaltó verlo de nuevo, de madrugada, mirando por la ventana.
—Nooo, otra vez no... Hasta aquí hemos llegado.

No es preciso contar las contrariedades personales y legales, pero me quedé como dueña y señora de esa ventana, ahora enrejada y de esa cama inmensa. Cuando necesitaba calor, estiraba el brazo y mi perro confortaba mi sueño. En cuanto pude cambié el dormitorio de posición para que, desde fuera, no se viera la cama.

Ventanas, agujeros, negros, indiscretas y oscuras, mis ventanas de ayer, de hoy y de mañana.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Siempre me han dado terror las cuevas, simas y pozos, una claustrofobia unido al miedo irracional de un desplome que me pueda sepultar. Eso ha hecho que no visite lugares espectaculares que todo el mundo admira.

Siempre me han dado miedo las alturas, los precipicios, los pisos altos, asomarme a ellos era sentir la atracción cómo un imán a caer precipitados. Por eso he evitado visitar monumentos que impliquen un ascenso superior a un segundo piso, privandome del privilegio de visitar lugares y edificios emblemáticos.

Siempre me dio pavor no pisar el suelo firme por lo que es totalmente imposible subir en un avión, en globo, hacer tirolina o puentin. Renunciando a esas experiencias de riesgo que elevan la adrenalina.

Siempre me ha dado miedo el agua, esas masas con vida propia en las que no ves el fondo ni quien las habita, me asustan las corrientes que te arrastran sin voluntad propia. Por eso huyo de mares, ríos y pantanos, prefiero la piscina. Renunciando a ir en barco, bucear, hacer saltos por los ríos, deslizarme entre los árboles.

Siempre me dio miedo la oscuridad, perder los referentes, locales cerrados donde no veo ventanas ni puertas, siendome imposible frecuentar discotecas ni salas de cine.

Siempre tuve pavor a ser sepultado por la muchedumbre por eso evito concentraciones humanas de las que me seria imposible salir, de hecho no acudo a nada que reúna a más de veinte personas, privándome de hechos históricos

y festivos que tan solo veo por la tv.

Siempre me aterró el fuego, los incendios, por eso, sabiendo que éste asciende siempre, he buscado vivir en una planta baja o un primer piso desde el que poder saltar. Impensable sería vivir en un bosque, privándome de parajes idílicos llenos de belleza.

Siempre me asustaron los animales. Las aves y su aleteo me llevan a la huida, mientras que lo que todos tienen como mascotas son para mi fieras que muerden y arañan. Privándome del contacto tan positivo con un animal de compañía.

Siempre he tenido terror a la muerte, siéndome imposible verla en ficción e imaginármela de frente. Así que solo veo cosas blancas y pueriles y jamás acudo a funerales ni entierros.

Siempre he sentido aprensión por los virus, la sola idea de contagiarme de algo me obliga a llevar mis propios cubiertos, mi vaso y servilleta si me veo en la necesidad de comer fuera. Rehuyo dar la mano, besar a extraños, con lo que mi vida social y amatoria está bajo mínimos. Sé que soy raro pero salvo esas manías soy un hombre valiente, que se come la vida.

Consciente de los peligros, escapista natural, prófugo de demostraciones afectivas y racano en viajes y aventuras que son una pérdida de tiempo. ¡Que se me ha perdido a mi en esos lugares recónditos, que necesidad tengo de poder perder la vida por locuras que no son necesarias!

Prefiero mi casa baja, en una calle neutra, sin vecinos, carente de plantas y animales. Comer solo lo que yo cocino y mantener la distancia con los demás y su falta de higiene. La idea más aterradora, que me despierta sudando en un pánico físico que desboca mi corazón es subir en un ascensor, cerrado como una caja fuerte, lleno hasta los topes, sin poder moverte, elevándose hasta un piso 25 y sin visos de parar, un apagón y caída libre.

No necesito un psiquiatra, necesito la vida sencilla de antes, aquella que fue y nunca será... aunque recuerdo que vivían hacinados, no había aspiradoras, dormían en catres junto a las bestias y comían todos de un mismo puchero.

Siempre me ha horrorizado los tiempos remotos, siempre...

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Soy un jubilado, un pobre viudo que está retirado de la vida social como un mal menor que ya nada puede aportar. Tengo mis males reales a pesar de que el médico crea, muchas veces, que sólo tengo años. Esa sensación de ser un ciudadano de tercera, una carga económica para el estado y un consumidor caprichoso de pastillas que no necesito.

Veo a poca gente, les incómoda hablar con un viejo, les aburre tus recuerdos y cansa la lentitud de reflejos para mantener esa fluidez en una conversación acelerada. No me gusta acudir a lugares que son como parkin para mayores, un rincón donde dejarnos aparcados y en silencio.

Vivo solo, sé valerme no sin ciertas dificultades y algún problema del que suelo salir airoso. La pensión es pequeña lo que me impide hacer cosas, invitar o regalar. Así que las relaciones sociales, sobretodo con las mujeres, es nula. Una gata es la unica compañía que me hace menos dramática mi existencia.

Soy pensionista, no entiendo las técnicas modernas, la informática, lo virtual. Soy un hombre de la generación del tú a tú, hablar con un ordenador que te pide una contraseña es algo imposible de gestionar sin ayuda. Y vas al banco y se ponen nerviosos, que vaya al cajero y siga los pasos. Y te sientes un inútil, un pobre hombre incapaz de poner una libreta al día.

Reconozco que siempre hay alguna persona que te ayuda con más o menos impaciencia. Más bien para que abandones tu momento crucial de mirada atónita cuando se

traga la tarjeta y no sabes qué hacer.

Soy un jubilado que acude a la iglesia regularmente, cosas de viejos beatos sin nada que hacer. Pero la realidad es que la conservo de mi juventud, la viví con mi mujer, no estoy loco, sé el porqué y el cómo.

Soy un viejo al que empujan en las colas del super, todos tienen una prisa incompatible con la educación y el respeto. No entiendo el dinero en euros, yo soy de pesetas, y pagar me supone hacer un ejercicio matemático que requiere su tiempo. Generalmente me dejan el sitio en los medios de transporte, muchas veces con una desgana sin disimulo y otras fingiendo que no existo en una triste realidad de una juventud sin empatía.

Soy un viejo que pasea al sol porque la humedad le afecta a los huesos, va al mismo parque porque teme no saber volver. No soy un pederasta, un peligro... pero algunas miradas me hacen sentir culpable y tener que ir a lugares apartados donde fácilmente podemos ser atracados.

Soy un jubilado, cobro poco pero pago lo mismo que cuando trabajaba. No tengo ventajas fiscales ni sociales, todo se va en el pago de facturas de cosas que ya casi ni uso.

Soy un pensionista que acude al super a última hora para llevarme aquello rebajado porque está a punto de caducar, pero no he caído en esa trama de los delincuentes que roban lo que necesitas y luego te lo venden a mitad de precio.

Es tentador pero es un delito, cómplice de hurto. No tengo edad para sobresaltos, denuncias y dimes y diretes. Yo paso con cualquier cosa, cocino guisos simples y que me sirven para dos días.

Me apaño para las cosas de la casa, así que no necesito ayuda exterior. Intentaré ser autónomo para evitar que el ayuntamiento deba mandar a casa a alguien para que me de de comer. Tengo mi dignidad, soy lento pero no estúpido, capaz aunque no eficaz, buen orador a pesar de que nadie me busque para hablar, generoso, nadie sale de casa sin un café o un refresco.

No soy el viejo tacaño que se aferra a sus posesiones, no me cuesta nada regalar, ir desprendiendome, poco a poco, de todo eso que no me será posible de llevarme.

Soy viejo pero no he perdido el gusto por las mujeres, añoro su blandura, el olor, esas manos cálidas. Pero soy prudente porque enseguida te ponen la etiqueta de viejo verde. Así que vivo solo, salgo poco, no veo a casi nadie ni amo a ninguna persona.

Un jubilado pobre, viudo, enfermo y aislado. Mi gato es ese punto de lucidez, lo que me hace levantarme para atenderlo, volver a casa sabiendo que no son cuatro paredes sin vida.

Soy un buen hombre y hoy me han dado una alegría, hay un programa en que un joven viene a casa a vivir contigo. A cambio de tener un lugar donde vivir mientras estudia, te ayuda y hsce compañía. Un hijo prestado que ha re-

movido en mi todas las respuestas humanas que estaban muriendo por falta de uso.

Soy un pobre viudo....

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

He aprendido a amarte en silencio, entre quejas y reproches, en un descuidado afecto que chirría y hace goteras.

He aprendido a entenderte sin prestarte atención, sin fijarme, ni verte, en una descuidada insatisfacción que abruma y tiene corrientes de aire.

He aprendido a prescindir de ti en una lucha titánica por reservar mi espacio, dejando en barbecho ese campo natural del entendimiento.

He aprendido a no disculparme nunca, haciendo de mi voluntad una férrea defensa que compite con la tuya, olvidando que la unión es la única y posible manera de sobrevivir en soledad.

Y debo decirte que quiero desprender, volver atrás, retomar el camino, iniciar una senda en que acepte sin fisuras la rareza que eres, en la que me sea cómoda tus torpezas rompedoras y me haga feliz tu inusitada falta de empatía emocional.

He aprendido que nunca vas a cambiar, que yo tampoco lo haré, soy hombre viejo que teme olvidar quien es si cambia uno solo de sus ritos diarios.

He aprendido a amar tus arrugas, tu malhumor, esas manías de vieja guerrera. No sé vivir sin ti, tus malas miradas, esas agruptas contestaciones, portazos y lloros, no sé cómo sobrevivir sin verte cómoda, cerca, humana y frágil.

He aprendido que quererte ha sido lo único bueno que

he hecho, lo más genuino y arriesgado, porque eres rara, ausente y llena de interrogantes... pero sin tus contrariedades y problemas metafísicos yo estaría aún anclado en un billar despoblado de cualquier rincón sin dirección conocida.

No sabes vivir sin mí, sin mis excesos y defectos, sin esa cruel realidad que nunca quieres ver. Soy tu ancla, ese punto por el que te aferro a la tierra cuando te comienzas a elevar.

No sé, no sabes, no sabemos existir sin formar ya esa extraña mezcla de sensaciones y pensamientos...

He aprendido.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

El árbol fue, desde el primer instante, un motivo de enfrentamiento entre mis padres. Mientras ella lo veía excesivo y demasiado próximo, mi padre creía que le daba a la propiedad un plus de belleza. Mi madre accedió, una vez más a los caprichos de un padre mas romántico que realista.

Desde mi habitación el arbol era un obstáculo para ver el vecindario pero a esa edad la curiosidad no da para más. Recuerdo que las noches comenzaron a darme miedo, la luz reflejaba las ramas en la pared de mi cuarto. Realmente parecían garras amenazantes, un monstruo que, durante el dia disimulaba, y por la noche acechaba mis sueños. Me tapaba con la almohada para evitar verlo, hasta quedarme dormida y semiaxfisiada.

En una tormenta con vientos huracanados, una rama rompió el ventanal, mis gritos y el estruendo hicieron perder los nervios de mi madre.
—Mañana mismo llamo para que lo talen.
—Pero mujer...

No hace falta añadir que vino el talador pero solo podó las ramas que rozaban la casa, respetando las otras donde mi padre, como ofrenda y compensación, colocó un columpio. El árbol monumental era, en verano un ventilador natural removiendo con sus ramas el aire caliente. En invierno, pelado, dejaba pasar el cálido sol para paliar el frío.

En las demás estaciones era un festival de colores. Mi padre y muchos curiosos, le hacían fotos, ante la desesperacion de mi madre.

—Mira la cantidad de hojas que hay que barrer, es sucio.
—No vas a barrer las hojas, son nutrientes que la tierra absorberá, además ese árbol asienta la tierra, fija la casa... y es muy bonito.

Mi madre ponía morros de disgusto y se metía en casa mientras murmuraba que no veía la avenida ni a sus vecinas. Mi padre tuvo el gesto de regalarle un conjunto de jardín para que, bajo el árbol, pudiera recibir a sus amigas y ver la avenida. Eso la tuvo entretenida hasta que un pájaro manchó la blusa de una de ellas y decidió que no era seguro. A partir de ese momento fue nuestro, mío.

Mi madre seguía su cruzada contra el árbol hasta que mi padre le enseñó a nuestro gordo y consentido gato que se hacía las uñas y dormitaba entre sus ramas.
—Nunca me gustó ese gato, decía mi madre, airada contra el universo que parecía estar contra ella.

Crecimos con él y pronto el columpio fue abandonado y el árbol demostró una faceta más amable. Se volvió escalera por la que salir y entrar sin pasar por el salón y su férreo control de aduanas. Además algún amigo más atrevido, se encaramó, alguna noche, para hablar conmigo al abrigo de sus sombras.

Pero tanto subir y bajar hizo que pasara lo inevitable. Mi hermana cayó rompiéndose un brazo. Sus gritos alertaron al puesto de mando que salieron raudos, llegando a ver al joven fugitivo.
—El árbol... este árbol da demasiados problemas, mañana llamo para que lo talen.

—Por encima de mi cadáver. Él no tiene la culpa de la desvergüenza de tus hijas. Si has de castigar a alguien, que sea a ellas. El árbol se queda o tendréis que iros.

Una vez más ese viejo árbol que ya sobresalía el tejado era salvado por la voluntad de un padre que se había convertido en el protector del mismo y del gato perezoso que se encontró y ahora era el rey de camas y sofás.

Empezaba a entender a mi padre, en el instituto oía hablar de ecología, del cambio climático y me sentí orgullosa de él y su lucha solitaria por defender su trozo de naturaleza. Crecí con él, bajo él, supe los cambios de estación antes de que el calendario lo diese por hecho, conocí diversas aves que se posaban e incluso llegaban a anidar. Tiempo en que el gato tenia prohibida su salida al exterior. Y comprendí su amor por los animales, las fotos, las pinturas. Mi madre se hizo mayor con el sueño, ya imposible, de vivir en una de esas casas con macetas de geranios, rosaledas y hiedra. Y algún sauce llorón...

No sé cómo pero un día la chimenea prendió en el sofá mientras estábamos en la cocina, el fuego se hizo con la planta baja y huimos todos escalera arriba. El aire era irrespirable y abrimos el ventanal y, uno a uno, nos aferramos a las ramas del titán de los árboles y nos fuimos deslizando hasta el suelo. Allí llenos de arañazos, humo y lágrimas nos encontró los bomberos.

Mientras sostenía en brazos al gato pude escuchar como les decían a mi padre que gracias al árbol nos habíamos salvado. Mi madre lo miraba no queriendo reconocer que

ese monstruo vegetal fuera tan importante. La casa y el árbol quedaron seriamente dañados.

Ahi mi madre vio la ocasión última de vivir en una casa llena de flores.
—El seguro se encarga de todo. No se ha dañado la estructura así que ir pensando en colores y muebles, será como estrenar casa. Nos quedamos allí imaginando todo lo que íbamos a cambiar, mientras mi madre con mal gesto salía detrás de mi padre.

Él estaba junto al árbol, analizando los daños.
—Mañana llamamos a un jardinero
—¿De verdad? me alegro de que lo corten de una vez...
—¿Quién ha hablado de talar? Vendrá a podar las ramas quemadas y darle el tratamiento para que esta primavera vuelva a rebrotar...

Y lo decía con tal emoción y sentimiento que ella lo abrazó bajo ese espécimen que salvó a toda la familia. No se pudo hacer nada, él arbol se secó y tuvo que ser arrancado. El jardín parecía un solar con macetas, una mesa sin gracia bajo un sol de justicia y un gato que dejó de salir. Nada fue nunca igual pero mi madre jamás reconoció que la casa había perdido magia, encanto y belleza.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Íbamos jugando por un descampado cuando nos topamos con un cadáver. Salimos corriendo en vista de la crueldad de las heridas y la soledad del lugar. Mis amigas decidieron que debíamos callarnos, no contar nada a nadie.Y así nos fuimos disolviendo con el gusto amargo de la muerte en nuestras pupilas. Estaba claro que lo habían ejecutado, se habían ensañado con él, los asesinos estaban sueltos, quizás nos vieron allí, saben quiénes somos. Aterrada cerré la ventana y corrí las cortinas a pesar de ser verano.

Al día siguiente todo eran corrillos, era un buen hombre, trabajador y puntual, casado en un matrimonio, aparentemente, feliz. Decidimos no vernos en unos días y yo alegué que estaba indispuesta para salir lo mínimo.

Parece ser que en el coche del difunto habia lencería femenina y la esposa alegó que no era costumbre de él hacer esos regalos y no tenian nada que celebrar. Ahí saltaron las alarmas, infiel, un marido enojado, una amante celosa o una esposa vengativa.

La amante era desconocida, estaba limpia, el móvil no registraba llamadas ni mensajes, debían usar uno de esos que son provisionales. Estaba aterrada, el teléfono de casa sonaba a altas horas y no era nadie. Mis padres llamaron a la Policía y yo avisé a las otras. Las llamadas sucedieron hasta que una noche alguien habló: «sabemos donde vives». Pero a mí, ¿por qué?, no he hecho nada, ninguna de nosotras.

Días mas tarde llegó una carta dirigida a mí, dentro había una foto de todas nosotras junto al cadáver. Se me re-

conocía perfectamente. No es posible, no pueden pensar, no lo conocemos, somos testigos. Y en ese momento decidí que debía hablar con la Policía. Mis padres al enterarse se opusieron a ello.
—Ni se te ocurra, allí se sabe cuando se entra pero nunca cuando sales. Además tú eres la mayor, tus amigas son menores, ni se te ocurra.

Son vacaciones, a nadie va a extrañar que te vayas fuera y nada de ponerte a hablar por el móvil. Lo haremos a través del de tu abuela.
—Pero si no he hecho nada, me parece injusto, exagerado. Estábamos paseando cuando tropezamos con él, no quiero huir.
—Te vas y se acabó la conversación. No sabemos quién hizo la foto, ni quién llama, igual es un loco.

Mi mundo juvenil, ese periodo estival feliz después de haber aprobado todo, se había deshecho en mil pedazos. Adiós verbena, baños en el río, fiestas del pijama, guateques y besos furtivos. Salí dentro del maletero como una prófuga, reo de mil delitos.

No me sacaron de allí ni cuando se detuvieron a comer, las cámaras de seguridad y yo me mareaba en esa oscuridad física y vital. Me dio tiempo a recordar, ser sincera conmigo misma, claro que lo conocía. Fue en la verbena del pueblo cercano, una noche me sacó a bailar, me dijo cosas al oído.

Algo de una mujer insoportable, celosa y posesiva. Las ganas de ser libre, huir lejos, conocer a chicas como yo.

Bebimos alcohol y recordaba haber ido a un cajero a por dinero y verlo gritar y golpearlo porque estaba bloqueada. Después no sé que pasó, ya me veo con mis amigas en ese campo y encontrando su cadáver y haciéndome la loca. Quizás si estoy en peligro, alguien nos vio juntos, el habló de huir conmigo... ufff. Mis padres abrieron el maletero en un campo desconocido, una casa ruinosa y unos viejos que sólo recordaba de verlos en fotos. Días tediosos, comida rancia y consejos pasados de época. ¿Qué va a pasar si llamo a mis amigas? Puedo usar el guasap de grupo.
—¡Hola chicas! Estoy bien aunque no puedo deciros dónde. Aquí con mis abuelos y sus gallinas, un asco y¿vosotras?
—Te están buscando, dicen que eras la novia de ese hombre. Tus padres están acorralados por la prensa y a nosotras nos han interrogado ya dos veces. Alguien sacó una foto... ¡oye! ha colgado.

Madre mía y todo por querer parecer mayor y bailar con un desconocido que me doblaba la edad. Mejor me quedo aquí hasta que se descubra quien lo mató. Algunas noches recuerdo que hacía el amor con el, de una forma salvaje, en cualquier sitio... incluso en el campo sobre la hierba. No tenía reparos y era un tanto vicioso... pero sólo fue una vez, después ya no supe más de él. Creo que cuando quise dejarlo me violó repetidas veces amenazando con matarme. Pero luego se le pasaba y era muy tierno.

Creo que tuve miedo y le golpeé con una piedra. No estaba muerto y cogi su navaja y la usé sin mirar hasta que dejó de moverse. ¡Ay, Dios mío! Yo lo maté, estaba drogada, él me daba sustancias estupefacientes que me

desinhibían y por eso la amnesia. A estas alturas habrán encontrado mi ropa manchada, la dejé en una bolsa, no se dónde, iba a lavarla cuando estuviera sola pero el miedo me lo impidió.

¿Y la navaja? La tiré al río, también la tendrán. Soy una estúpida por volver al lugar del crimen con ellas, estoy perdida. Lloré de rabia, miedo e impotencia.
—¿Leti? Preguntan por ti.
Decía mi abuela sosteniendo la puerta que dejaba ver a un par de Agentes.
—Debe acompañarnos. Ha habido un crimen. Usted es testigo. El fallecido era un delincuente conocido y lo acribillaron a balazos. Necesitamos que lo reconozca.
—¿Testigo? Claro, iré con ustedes. Estaba de visita con mis abuelos.
—Una vez que declare y lo reconozca, podrá volver.

Creo recordar que nadie me sacó a bailar, era un aburrimiento y nos fuimos a ver una película de crímenes sin resolver.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Abrázame y calla, que hablas demasiado sin decir nada. El silencio tambien es comunicación, abrázame. Y no te muevas tanto, siempre nerviosa por cosas que hacer, cosas que estarán asi cuando ya no estés. Vive este momento mágico, déjate llevar por el calor del abrigo de mis brazos. Estás inquieta, como atrapada, deseas escapar de mi como si el amor fuese una carga pesada más que una leve sensación de plenitud.

Abrázame, lo necesito, todo lo veo negro, oscuro, me preocupan cosas que hace dos años ni imaginaba, es como si estuviéramos en caída libre hacia el desastre. No sé vivir así, con incertidumbre y desconfianza. Sólo tú eres mi realidad y acomodo, la posada firme en un suelo que se tambalea. La muerte de mis padres me dejó tocado, no me enseñaron a vivir sin ellos, sin sus consejos ni advertencias. Me enfrento a todo sin saber como gestionar tanta desazón y vergüenza.

Abrázame, déjate llevar por mi necesidad de afecto humano, otro corazón que se desboque al unísono, que lata dormido junto al mío. Me sorprende tu ingenuidad, que vivas como si nada hubiese cambiado, sin temor a lo que se nos viene encima. Y casi lo agradezco, verte en tus nimiedades y pensamientos abstractos, esa fe en que todo el mundo es bueno y las cosas saldrán bien, son una quimera infantil pero me basta, es el colchón sobre el que quiero descansar.

Hace frío fuera, un helor climático, un frio humano, una corriente de tormenta gélida que acaba con todo lo hermoso, sensible y espiritual que tiene el ser humano. No te

imaginas los rostros de la gente, la desconexión, la ausencia total de empatía. Te pueden atracar, golpear o violar sin que nadie salga en tu defensa. Y perdona que te lo diga, esto no era antes así. Hemos sido solidarios y valientes pero a fuerza del todo vale ya nada vale la pena. Sólo tú eres mi amparo, esa parte de humanidad aún sin contagiar, en esencia, mi parte del bien que se ha ido perdiendo.

Abrázame... no sabes lo que veo cada día, ese odio, rencor, lucha de poder, injusticia, un cúmulo de suciedad que se refleja también en las calles que han perdido belleza, glamour, esa limpieza que invita al paseo.

Abrázame una vez más pero de verdad, con todo el cuerpo, pon las manos en mi espalda y la cara sobre mi pecho... así y estate quieta un momento, deja que me cargue, que coja fuerzas, dame tu paz, tu insolente bondad. Eres lo mejor que tengo, te dejo con tus cosas, volveré tarde, si sobrevivo al infierno instalado en las calles. Dame un beso, así no, no quiero picos, uno de verdad, que aúna cuerpo y alma. Hasta la noche, cariño.
—Ya se ha ido. Hoy estaba melodramático, quejoso, un asco.

¿Tienes preparada la mercancía? Lo haremos como siempre y si hay que cargarse a alguien, se hace. Todo vale, ¿de acuerdo?
En una hora en el lugar de siempre.

¡¡Abrázame!!

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Era una mujer de la noche, de esas que viven intensamente el amor y gustan de joyas y lujo. Enigmática y elegante, quizás un tanto exagerada y atrevida, pero dentro de la moderación del amor que ofrecía.

A mí esas mujeres me imponen, son sabias y tremendamente audaces, hacen carrera en pisos y hoteles de lujo, no te miran si eres un trabajador inferior o tu coche no es un último modelo. Ellas aspiran a ser musas consentidas, ricas antes de los cuarenta años, nada remilgosas cuando sobra el dinero y lejanas ante la pobreza y la suciedad.

Era una dama de la noche, de luces de neón, cava y lentejuelas, nunca le daba el sol, bebía alcohol o se acostaba sin desmaquillar. No daba propinas, jamas dejaba una nota, se hacía una foto, discreta y un tanto extraña en sus relaciones.

Se oían muchas historias, plagadas de orgías, tríos y sado... pero era tan fina, frágil y suave que costaba imaginarla mas allá del reposo solitario. Me obsesioné y me propuse lograr el dinero para poder pasar un rato con ella. Comprarme ropa, peluquería, estética y quizás consejos de saber estar y torear en tal plaza.

Nadie sabía de dónde era, si tenía familia, su nombre, la edad. Toda ella era un escaparate, una maniquí sin vida, exposición sublime para aquellos, afortunados, que podían lucir de su presencia en actos públicos de gente bien.

Tuve la posibilidad de trabajar en una fiesta privada en la que todas eran mujeres prestadas y muy bien pagadas.

Nada más entré la vi sobresalir entre las otras bellas pero insignificantes. Tenía un no sé qué que la hacía imanar un magnetismo que atraía a cualquiera que osara acercarse. Los hombres presumian encendiendo el cigarro con billetes de 500 euros, bebiendo champán francés y tomando caviar ruso. Dentro de trajes a la medida y relojes de infarto.

Ellas se fueron al servicio todas juntas, menos ésta que se demoró eligiendo a cual de ellos le daría el premio de su atención. En un momento dado, cuando volvieron envueltas en Chanel número cinco, ella se alejó en solitario. No pude evitarlo, me volvía loco y quise verla a solas.

Ella se fue a los servicios pero no al de mujeres. Puso cuidado y entró en la de hombres. Sabía un punto por el que podría ver con quien se iba a ver en un lugar hostil e insalubre. No puede ella, tan dulce y elegante, tener la debilidad femenina del malote de baja cama. No había nadie más... sola, se levantó la falda y se me cayó la venda de los ojos. No era ella, era él, un transexual, mitad mujer de pechos perfectos, mitad varón.

Una locura que la hacia única, perfecta, el vicio, la orgía, ideal para toda forma de amor y fantasías varias. Pero para mi fue una desilusión, supe que era una estafa, pura apariencia, una mentira bellamente adornada.

Era un hombre de la noche.....

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

No soy una cotilla, eso de saber de casa ajena no es lo mío. Huyo de las personas que sacan la lengua a pasear sin saber que luego, esas mismas que la escuchan, lo harán con ella. Es un mundo sucio y ruin, propio de personas poco cultivadas y ociosas. Prefiero ir a la mía y, ahora, debido a mi diabetes, debo caminar mas de lo que quisiera.

Salgo a desgana, sola, sin rumbo, tan solo busco zonas donde no haya gente hablando, mirando, esperando algo que destripar. Soy así, me gusta que me respeten y respetar. Hoy, en mi paseo he llegado hasta una alquería abandonada, un lugar donde nadie suele acudir porque tiene fama de embrujada. Algunos dicen oir voces, quejidos. Patrañas de gente aburrida y con la inteligencia justa para pasar el día.

Al llegar he oído algo, será algún animal y con la curiosidad femenina que supera la prudencia, me he adentrado para ver. Me he sobresaltado al ver a esos dos en una intimidad vergonzante. He salido rápido pero él me ha visto. No he visto nada, ni me importa, no volveré por aquí... ahora sé quiénes son los fantasmas.

Parece mentira, ambos casados y en aparente armonía. Soy una tumba porque de saberse las ramificaciones crearian todo un entramado de malestar y enfado. Al llegar a casa veo que mi marido ya no está. Este hombre y sus partidas de cartas, seguro que también hablan de más. Dicen de nosotras pero ellos son unos marujos con barba.

Ha salido a mi encuentro. Me ha violentado, no estoy cómoda.

—No es lo que parece. ¡No! era tan obvio que me avergüenza recordarlo.
—Te pediría que no digas nada, ha sido una locura, ya sabes, estamos casados.
Haberos acordado antes de vuestro matrimonio.
—Espero tu discreción.
—No soy mujer dada al cotilleo infundado, a las calumnias y mentiras para resistir una vida sin alicientes. No voy a hablar pero ella es mi amiga...
—Por eso te lo digo, no te vió, ignora que nos viste. Está muy sola y se me fue de las manos.

¿Sola? casada y con tres hijos. Es increíble lo fácil que justifican algo antes que reconocer con valentía su debilidad.
—Va a ser difícil si ella se abre a mí. Jamás se ha quejado de estar sola, al menos no más que todas las personas casadas que llevan una vida juntos.
—Mira, te lo voy a decir más claramente porque ya veo que eres una beata comecocos. Si se te ocurre mencionar algo me obligarás a hablar a mí.
—¿A ti? Tendrás algo que decir de mí...
—De ti no, de tu marido.

Aquí me ha tocado, mi marido es un pedazo de pan pero hace un tiempo que está más fuera que dentro.
—Tendrás tú algo que decir de Gonzalo. Vete y estate tranquilo que me da igual con quien te solaces, es más, creo que la amistad de Amalia ya me es imposible.
—Lo sabía, eres como todas, ahora la harás sentir mal, la dejarás de lado y las otras mujeres se preguntarán. Vas a seguir de amiga o todo el mundo sabrá a qué juega tu Gonzalito.

—Vete o te las verás con él.
—Eres gorda y tonta, no me extraña que busque un junco.
—No me vengas con insultos ni acertijos, a mí la verdad a la cara.
—Tú lo has querido. Tu marido sale todos los días a jugar a las cartas al bar... o eso te cuenta a ti. Pero al llegar al bar pasa de largo y se va a la casa piloto.

Se me han encendido las luces de emergencia. Últimamente está distraído y más distante conmigo.
—Eso solo dice, que juega en otro lugar.
—Y tanto que lo hace, con la Rosario. Sí, esa que va con mantilla en la procesión, la mosquita muerta de la mujer del boticario.
No puede ser, miente, está furioso y escupe veneno.
—¡Largo de aquí, no he visto nada, jamas volveré a pasar por esa casa, vete y no hables tampoco de mi hombre!

Llegué a casa descompuesta, llorosa, no supe qué decirle a mi marido que estaba preparando la cena. ¡¡Míralo!! Si es un bendito. Que mala es la gente.

Pero al día siguiente cuando se fue a jugar la partida, lo seguí. Cuando llegaba al bar yo me decía: «que entre, que entre». Pero pasó de largo y enfiló la calle de la casa piloto. No soy una mujer de corrillos, de críticas y murmuraciones. Pero, al verlas hoy, he tenido la sensación de que hablaban de mí.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Era muy tímida, de esas niñas que se sonrojan nada más mirarlas, que cambian de acera para evitar cruzarse, prefieren ir feas que llamar la atención, nunca hablan en público, ni se presentan voluntarias. Niñas sobreprotegidas y demasiado criticadas en su ámbito familiar.

Era una niña acomplejada, de las que huyen del espejo, que creen todo lo negativo y jamás aceptan un halago. Niñas incapaces de hablar con un desconocido, salirse de la fila, levantar la voz. Esa niña no podía imaginar que yo la mirase, que era tan importante para mí que me hacía el encontradizo, me ponía detrás, la soñaba, la buscaba.

Era tan tímida que no levantaba la mirada del suelo, que se ponia leotardos debajo de los pololos, dejaba de comer y se tapaba la boca cuando reía... de esas que llevan la carpeta como una coraza sobre el pecho, que ocultan su rostro bajo melenas y flequillos. Me sabía sus temores, esa vergüenza que le impedía incluso hacer el bien y mucho menos hacer algo que fuese injusto o mentira.

Ella nunca iba sola, jamás entraba en un lugar donde hubiera hombres, prefería quedarse en casa antes que verse en solitario y no saber que hacer con las manos. Niña que no daba la respuesta correcta en clase para no sobresalir, que estaba indispuesta el dia de la fiesta y caminaba hasta el colegio antes que coger el bus y verse entre extraños o compañeros a los que no sabría que decir.

Esa niña no podia soñar con tener un admirador, un joven que la viera bien, la quisiera más de lo que se quería a sí misma. Y la vi con su madre, una mujer dominante y con

poco atractivo. Quizás hubiese un caso de celos, la mujer no soportaba que la hija fuera lo que ella nunca fue, que su marido siempre alabase sus notas y la belleza física. Y esa mujer ignorante y quizás algo envidiosa, estaba lanzando dardos envenenados contra esa niña inocente que creia en ella con ingenua confianza.

Me puse tras ellas para saber de qué hablaban. La madre era la única que lo hacía.
—Ponte derecha que pareces jorobada y no mires a nadie a los ojos. Mírate, eres poca cosa, así que ni sueñes en ser admirada. Yo si era guapa, tu padre te lo puede decir. A ti te queda parecer honesta... y no te laves tanto el pelo, se cae, te lo trenzas y ya está. Y no te rías, que pareces tonta. Tienes los dientes feos así que con la boca cerrada estás mejor. Esa falda te queda corta y tienes las rodillas feas...

Me pareció de una crueldad con alevosía, es bonita, buena y graciosa. Me gusta y un día será mi mujer. Quise decirle algo a esa madre desnaturalizada, arrebatársela, tocar su mano, ser parte de sus sueños. Pero yo también era un niño tímido.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Me dijiste ven y no fui, muchas veces y tantas como me negué. Soy así, un estúpido que se cree autosuficiente y se avergüenza si debe ser ayudado. Me dijiste que me estaba equivocando, que las cosas saldrían mal pero insistí en ello para demostrar... no sé qué deseaba demostrar, que era especial, mas inteligente y osado.

Siempre fui un rebelde, ese niño que cruza sin mirar, que tira piedras a todo lo que se mueve, se sube al quicio de la ventana... ese niño al que no se debe jamás dejar solo. Desde pequeño me gustó hacer sufrir, ver el dolor, ese llanto, era cómo si tuviese el botón para hacer que ocurriera... y era fascinante.

Aproveché para hacerlo cuantas ocasiones tuve hasta que el llanto me resultó insuficiente. Entonces cogí el canario y lo estrangulé tan solo para verlo debatirse hasta morir. Y sentí placer, intenso, sexual, era dueño de la vida, amo de la muerte. Y mis padres no estaban capacitados para reconocer la maldad auténtica, de nacimiento, Incapaces de saber que eso no eran travesuras, era algo más.

Me dijiste déjame ayudarte y no me dejé seguro como estaba de poder pararlo. Yo controlo. Y estaba un tiempo normal hasta que necesitaba saciar mi instinto depredador, entonces salia a la calle a buscar un animal al que tortutar y, si era posible, matar.

Era un chico solitario, no abundan las personas enfermas de maldad crónica, no somos ejemplo, ni populares, era el rarito. Y fui creciendo con esa pulsión, esa fijación sexual de acoso y derribo. Más que abusar, que también, era el

dolor, la tortura lenta la que me llevaba al orgasmo.

Y, llegado el momento, subí en la escala, dejé los animales para pasar a las personas, pequeñas, confiadas y frágiles. Después de mi primer acto depravado me sentí más hombre, realizado... a mí la niña abusada me era indiferente. Me bastó esa vez con el terror de sus ojos.

Me aconsejaste terapia, un internamiento voluntario y no accedí, no estoy loco ni enfermo. Sé lo que hago, necesito hacerlo, soy así, no puedo evitarlo. Era menor y no pasó nada que no me sirviera para tener mas ganas.

Así que esta vez fue con una mujer adulta, fuerte, con resistencia y tuve que ir clavándole la navaja para calmarla, para que se dejara, me excitara... hasta llegar a la violación y muerte.

Me pillaron, una buena condena, tiempo que me sirvió para darme cuenta de que lo volvería a hacer, que no me debían dejar salir de la cárcel. Y tú venías a verme, me intentabas hacer ver que había solución, que aprovechara esos años para eliminar esa pulsión, ignorante, como todos, que creían que era algo como robar o mentir.

Aquí soy una persona tranquila porque estoy controlado, amén de que no hay mujeres ni niños, ni siquiera animales. Es fácil parecer normal, no tener apetito cuando no ves comida. Soy un monstruo que finge dormir, una persona servil que añora la calle y se someterá hasta el punto de que le abran, de nuevo, la puerta.

Pasaron muchos años, ya no era joven, confiaron en mí. Incluso yo había llegado a creer que aquello nunca pasó. Pero me dijiste que fuera contigo, ir al psiquiatra, no estar solo y me escabullí de tu enojosa preocupación.
Desde mi casa volví a ver mujeres y niños, muchos niños corriendo y haciendo ruido, provocando mi instinto de caza.

No debo.... no debo... pero salí a la plaza, al parque.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Me da miedo la oscuridad, esa espesura que paraliza y te impide respirar. La ausencia de esquinas y pasillos, de ventanas ni puertas, una mancha abrumadora que aterra y deja en blanco.

No puedo moverme, no tengo referencias, me asusta alargar la mano, pisar en balde... y los sentidos se ponen en marcha en actitud de urgencia, te llegan olores que jamás percibes, suenan cosas siempre silenciosas y te parece notar el aliento frío de un extraño cercano.

Oscuridad inhóspita, agresiva en lo que supone de ausencia total del mundo conocido. No estoy durmiendo, no es un sueño, ni siquiera estoy cubierto... y un sudor frío me desploma en un caos fisiológico. Que alguien encienda una luz, abra una puerta, me de la mano.... o estoy acaso solo en la nada absoluta.

Noto mi corazón latir abatido, descontrolado, fuera de sí, de mí, por cuenta propia y cierro los ojos y los abro esperanzado de que la luz me vuelva a deslumbrar, me motive, alce, reviva... pero nada ocurre, la oscuridad es una losa que escuece, una niebla húmeda, siento como me crece hierba que sube por mis piernas, un cosquilleo que aprieta y suelta y suenan voces, lejanas, incompletas y todo me duele, me trae recuerdos me revuelve sueños y veo cosas que hice, personas que conocí y me duele y grito, me escucho, doy asco.

Me aterra la oscuridad, deseo morir, dejarme llevar por esa pendiente atroz.... o acaso sea esto la muerte, la nada, el infierno. El miedo me hace perder la conciencia hasta que

un dolor me agita, alguien me está tocando, trajinan sobre mí, manosean mi cuerpo y de golpe me quitan el vendaje. Hay un silencio tenso, noto que hay personas cerca, me miran, la oscuridad ya no es total, me parece ver un punto de luz y tiendo la mano con anhelo dándome cuenta de que es un objeto, hay una mano, una voz, un aliento.
—¿Puede ver algo?

Ver algo, sombras, veo sombras... que se supone que debo ver, donde estoy.
—No me agarre, mire el punto de luz.

Y me sumerjo en ese ínfimo punto sin recuerdos, afectos ni querencias.
—No intente hablar, no se mueva, ha sufrido un accidente. Poco a poco recobrará la vista y es posible que la memoria.

Y aunque soy incapaz de mostrar reacción alguna, siento una felicidad cálida, la del que se sabe vivo, a salvo y me dejo caer en un sueño profundo.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

A mi madre no le gustaban ninguna de las chicas con las que salía, unas por su aspecto, educación, esa familia con mala fama o, sino encontraba nada que decir, porque lo decía ella. En ese afán, más que protector, de pertenencia, que se aferra a los hijos como si fueran de su propiedad.

A mi madre no les gustaban mis amigos, tenían vicios, eran mala influencia, una pandilla de vagos, las familias un horror y también porque deseaba protegerme evitando que la realidad me hiciese madurar.

Asi que con 20 años seguia siendo el niño de mamá, jugaba con ella al cinquillo, íbamos al cine e incluso la acompañaba al super. No es de extrañar que me llamaran el rarito, que se burlasen y me hicieran el vacío.

No sabía donde meterme y mientras tanto un padre débil que en nada era un referente y pasaba de todos nosotros. Mi madre me elegía la ropa, el corte de pelo, incluso el coche para ir a trabajar. Era una especie de peaje que debía pagar para tener el móvil más puntero, la consola virtual y cuantos caprichos tuviera un adolescente sin novia ni amigos.

Pero había una niña, siempre hay alguien en esa edad, perfecta para mí y, seguramente, una amenaza para mi señora madre. Así que tuve que sortear ambas mujeres, dividir mi tiempo y mentir a todas horas. Era consciente de que esa situación no podría ser indefinida, mas pronto que tarde nos descubriría y habría una tormenta perfecta.

Pero era dulce, tranquila y sensible, de esas niñas que

conservan aún la pelusa de la infancia, sin malear, sin tocar... y me volvía loco pensando en esos otros chicos doctores en cortejar y abordar chicas, por no hablar de los abusones y faltos de escrúpulos.

Pensé en hablar con mi madre, que me ayudara a protegerla para que fuera mía toda su candidez... pero ya me la imaginaba diciendo: ésas son las peores, fíate de las aguas mansas...

Y busqué a mi padre en la necesidad de una identificación de género. Pero se lavó las manos como un Pilatos moderno y me habló de que hay muchos peces en el mar y que buscara una con experiencia. Las putas son las mejores esposas. Me avergonzaba de los dos, sus cortas miras, ese egoismo, sus manías de sexo apolillado.

La seguía viendo, deleitándome de sus gestos simétricos, su mirada limpia esa voz clara y concisa, mi niña. Había una realidad que no tuve en cuenta, su familia. Y ésta, como la mía, hizo ese trabajo ancestral de mutilar los sentimientos con justificaciones cómo que no era un buen estudiante y era un consentido caprichoso.

Increible cómo las madres conocen nuestras intimidades, deben tener un servicio de espionaje femenino, todas contra todas para mantener a sus hijos en el nido. Esto no pasa en otros países así que pensé en que ambos debíamos irnos fuera del alcance de esta matriarcado arcaico y castrante. Pero no conté con ella, era la semilla perfecta de la nueva generación de mujeres sumisas y dominantes a la vez.

No hubo manera, le gustaba su país, las costumbres, además de seguir a rajatabla los consejos de una madre que la conocía y deseaba lo mejor para ella. No tardé en descubrir cual era la elección, un pitagorín, rico y estirado que solía frecuentar, eso lo sé yo, bares de dudosa reputación y fumar canutos para ser siempre la alegría de la fiesta.

Quise adevertirla pero lo atribuyó a celos y se afianzó en su idea de que yo no le convenía. Me fui a pasar el verano al pueblo con mis abuelos, tres largos meses en los que me llegaron noticias dolorosas, mi niña inocente se casaba precipitadamente para que no se le notara.

Y hablé con mi abuelo y la sabiduría de los años, la falta de prejuicios de una ciudad enferma, me llevó a enfrentarme a la realidad del amor sin garantía, a primera vista, emocional y sensitivo.

Y aquél verano conocí a una mujer mayor que yo, con un hijo, una viuda trabajadora y cariñosa que supo ocupar ambos vacíos. Fue mi madre y mi niña.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Era un matrimonio perfecto, al menos en apariencia eran modelo de buen estar. Ella gustaba de salir con las amigas, vamos al cine, voy a Misa, necesitan mi ayuda para una causa benéfica, tenemos merienda, salgo a jugar al parchís.... y él la miraba complacido y la dejaba partir.

El gustaba de salir de cañas, voy a jugar a la petanca, me voy a los toros, hemos quedado en casa de uno para ver el fútbol y ella lo miraba complacida y lo dejaba marchar. Eran perfectos en sus ausencias, en tanto sin compartir, en horarios incompatibles, amigos distintos.

Jamás discutían porque a él no le interesaba las reuniones femeninas, cosas de iglesia ni meriendas con niños y a ella le horrorizaban los toros, aborrecía el alcohol y jamás veia un partido. Por eso se reservaban la mínima atención, aquella precisa para ser vistos juntos y no levantar la polvareda del escándalo. Pero nunca tuvieron mas afinidad que un negocio provechoso y una luna de mil alocada e intensa.

Después las aguas volvieron a su cauce y cada uno sacaron a relucir sus manías y aficiones antagónicas, esas a las que, cada uno, sabía jamás serían acompañados. Ese abismo existencial era la excusa perfecta para hacer de su capa un sayo.

Era un matrimonio ful, una pareja de infieles que fingían dignidad cuando eran incapaces de hacer algo fuera de sus vicios escondidos. Ella hacía tiempo que se veía con un hombre, las reuniones, misas y labores eran la tapadera que nunca abriría su marido para descubrir que ella

no estaba. Las amigas cerraron un círculo de mentiras y coartadas perfectas.
Él, desde la luna de miel, no ha parado de tener compañía, bien espontánea o pagada, nunca fue a toros ni estadios, le aburren las cartas y las conversaciones de hombres, pero en esos sitios nunca se encontraría con su mujer. No eran tontos, sospechar que pudiera haber algo era inevitable pero estaba tan bien orquestado y al encontrarse parecían tan felices y unidos que no deseaban romper esa ilusión cogida con pinzas.

Eran el matrimonio perfecto, todos los veían salir los Domingos del brazo, tomar el aperitivo, comprarle flores... y esa forma adorable de ella colocando su cabeza en el hombro. Pero cada uno guardaba una oscura doble vida, horarios, prisas, cambio de ropa, detalles, olores, marcas. Y eso, con los años, se vuelve difícil, se pierde memoria, se relajan las costumbres...

Y un día ella se puso enferma y tuvieron que localizarlo. El creía que estaba en un mercadillo benéfico y se asombró de que la llevaran desde un hotel apartado, ella se quedó de piedra creyéndolo en un estadio y saber que estaba en el mismo hotel que ella. Ambos cayeron en la cuenta de estar en el mismo lugar, con personas íntimas y bajo una mentira que acababa de deshacerse entre las manos.

Ya en el hospital, con ese terror que da ese quehacer blanco, supo ella que no quería morir sin volver a vivir con él aquella luna de miel y él sumamente preocupado al verla entre hombres con mascarilla y vestidos de verde, se dijo que ninguna de tantas mujeres le importaron nun-

ca, se dejó llevar creyéndola a ella en cosas de mujeres, pero ahora desea retomar lo que se rompió aquella luna de miel.

A las pocas horas la bajaron a planta y se miraron con intensidad, cómo desconocidos, personas que han descuidado a la otra hasta el punto de vivir otras realidades que nunca les hizo enteramente felices.

Se miraron avergonzados, temerosos y un tanto ridiculos.
—Yo... no sé que decir.
—¡Calla mujer! Te pondrás bien y nos iremos al Caribe.
—Yo...
—Yo también, lo sé. Ahora lo sé, lo sabemos.

Y se agarraron de la mano. Era un matrimonio ideal, nunca los vieron discutir, ni una palabra más alta que la otra.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Cuando mi padre se jubiló, no lo dudé ni un instante. Tan sólo puse mis condiciones, debía ser de noche y sin compañero. A mí me encanta conducir cuando los demás duermen, además el insomnio me ayuda a estar despierto. El taxi pasó a mi propiedad y me puse al día del callejero, hospitales y comisarías, supe atajos, rotondas y gasolineras, advertencias de zonas conflictivas, calles prohibidas, carreras caras y sitios dónde parar a descansar.

Los amigos de mi padre me alertaron de los peligros de la noche, insistían en que pusiera una mampara para mantener al cliente alejado de mí pero a mi me gusta la cercanía y no hice caso alguno. La cuidad de noche, avenidas vacias, semáforos fantasmas, adrenalina a tope.

Al principio iba tan rápido que no veía a los clientes, me costó poco descubrir el perfil y actitud del que espera, impaciente o tranquilo. Por la zona rica solían ser hombres de negocios, vividores trasnochados y viajantes siempre de paso. Algunos deseaban pagar en efectivo para no dejar rastro. Cómo yo tenia un letrero de nada en efectivo, no llevo cambio, hubo quien me dijo que lo detuviese al llegar a cierta cantidad. Y así hacía dejándolos solos, no sé si cerca o lejos pero tranquilos por no ser pillados.

Por la zona pobre, trabajadores de la noche, buscadores de diversión, alejada de sus hogares. Y la zona conflictiva eran viviendas malditas, emigrantes, okupas, drogadictos y pobreza. Allí era para ir a vender o a comprar, personas de las que te apartas en una acera y subes a tu coche para hacer un servicio en unas barriadas donde no suele verse un taxi. Agradecidos dejaban una propina que los

demás hace tiempo que no regalan.

Asistir a una mujer que da a luz en plena carrera, recoger los vómitos del borracho sin cuidado, ver cómo intiman en el asiento, sin reparos ni vergüenza. Los que suben y bajan sin intercambiar palabra, aquellos que te usan como consejero o se desahogan sin freno, cargados con vultos o con las manos en el bolsillo.

Unos te indican la ruta temiendo que los lleves por el camino más largo y los despreocupados que se echan una siestecita. Personas que se molestan por la música y otros horrorizados por el silencio con un extraño.

He conocido bellas personas con vidas miserables y mala gente nadando en la abundancia. Amores furtivos, amores soñados, los que buscan ansiosos la llegada a la casa y los que la dilatan con cualquier excusa. Cuando salgo cada noche no llevo un plan establecido, me resbalo por las calles, dejándome llevar, acompañando a los alegres a los tristes y a los que no se encuentran a si mismos. Gano para vivir y soy dueño de mi tiempo...

Pero anoche, una noche que parecía como todas, fue entrar en la zona pobre, no la conflictiva, cuando se subieron cuatro individuos. Reconozco que no estaba en mis posibilidades que nadie se sentara tan cerca, delante. Parecían hinchas del partido, bravuconadas y demasiado alcohol, cada uno elegía una ruta, entre risotadas y palabrotas, hasta llevarme a un descampado.

En ese momento recobraron la lucidez, sacaron una nava-

ja y me obligaron a darle todo lo que llevaba, poco, porque la noche es reina de las tarjetas de crédito, no contentos me quitaron el móvil, el reloj, la chupa de piel y las botas. Cuando se estaban alejando vinieron a por las llaves del coche, ahí me defendí, era mi trabajo, el pan de mis hijos... noté algo ardiente en el vientre y me desvanecí mientras escuchaba unas sirenas.

Me gusta la noche, las avenidas vacías, la música suave, ayudar, estar ahí, servir y aconsejar.... pero me puse la mampara y dejé bloqueada la puerta del copiloto. Ya no hay barrios finos, feos, ricos ni pobres, hay gente, fantasmas de la noche que vienen y van en la oscuridad.

No tuve infancia, a los seis años mi padre me puso a trabajar en el negocio familiar, una herrería desagradable con demasiado ruido y olor a bestias asustadas. No tuve opción, me enseñó a leer y las cuatro reglas y me puso de ayudante entre adultos malhumorados y de vocabulario soez. No supe lo que era el tiempo libre, jugar, tener amigos, hacer pillerías..., fueron años oscuros de explotación bajo la mirada aprobadora de una madre que se libro de una crianza más.

Cuándo mi padre falleció todos dieron por hecho que sería el herrero del pueblo pero llevar la vida de mi padre suponía mantener un infierno del que ahora podía escapar. Lo traspasé con todo incluido, instrumentos y bestias. Miré en internet un lugar alejado y solitario y después de buscas infructuosas, hallé un casita en un bosque con vecinos a kilómetros.

La compré sin verla. Un error sin duda. Cuando la vi comprendí que la habían retocado virtualmente. Estaba en semiruina pero el enclave era perfecto. Era un manitas así que empecé por la chimenea y fue moldeando la estancia hasta hacerla habitable.

Compré lo justo para vivir cálido y seguro y me hice con unas gallinas y un perro que andaba perdido. El primer dia que me senté junto al fuego con la única compañía de ese animal sin nombre, me eché un trago que compensó el infierno de toda una juventud entre ruido y gentes sin pulir.

La rutina era muy agradable, no tenía que trabajar aún, pude hacer un huerto, plantar flores, algún árbol frutal,

bañarme en el arroyo y sentarme en ese porche que me hice con madera de un establo abandonado. Por la noche veía la luz de mis vecinos, lo suficientemente lejos para mi privacidad y a tiro de piedra para una urgencia.

El pueblo estaba a unos once kilómetros ladera abajo. Un lugar al que acudía puntualmente para hacer acopio de alimentos. Nadie sabia que vivía allí, todos debieron creer que había muerto y ninguna carta era esperable. No soy un hombre sociable, jamás intimé con mujer alguna, una herrería no era lugar adecuado para verlas y a mi nunca me gustó beber en público. Así que no tenía cargas familiares y la holganza me consumía los días.

Una tarde salí con el perro a buscar setas, espárragos, nueces, castañas o leña, según la estación y vi un bulto tirado junto al agua. El perro ladraba excitado y yo me dije que eran problemas. Era una mujer joven, abandonada, sucia y herida, al verme se encogió y se cubrió la cabeza. No había duda de que había sido golpeada y no se si la dejaron aquí o llegó por su cuenta.

Quise darme la vuelta pero mi perro le lamía las manos, dándome un ejemplo de mayor compasión, así que le hablé para tranquilizarla y me la llevé a mi casa, no sin pensar que era un error, un tremendo error. Se puso frente a a chimenea y cómo pude la ayudé a quitarse esos harapos y ponerse ropa mía, todo con la discreción y la curiosidad de quien no ha íntimado con una de ellas. Comimos unas gachas y estuvo durmiendo dos días. No sabía qué hacer, ¿era una víctima, una asesina, la buscaban? O era como yo, un deshecho que huye del pasado.

Una mañana al entrar, después de recoger los huevos, la encontré de pie, haciendo café y me miró agradecida.
No debió mirarme asi, eran problemas, seguro, siempre lo son. Pero no pregunté, no preguntó, se dio por hecho, me amoldé, se dejó cuidar, me dejé hacer.

Y meses después, con una caseta más acogedora, ese toque que sólo la mujer sabe darle incluso a una cueva, la miré con interés y supe que el problema tenía al menos tres meses. Ella no me dijo, yo no pregunté, se dejó cobijar, me sentí en paz y ahora este descubrimiento dejaba a la luz ese trauma mío de una infancia infeliz. No estaba preparado, no me gustan los niños, no sabría qué hacer, no hay sitio, son gastos, se acaba la tranquilidad, mi rutina, mi cama, el silencio.... pero me miró de esa forma que solo ellas, algunas de ellas, saben hacer con una maestría natural y salí a buscar madera para ampliar la cabaña, eran problemas, seguro, pero, por una vez en mi vida me sentí en familia, ser parte de algo, existir, sentir.

VILLA
RAMÓN
HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Me gustan los cementerios, sus interminables paseos de silencio total, esos cipreses que anhelan elevar a los que yacen inertes y olvidados de si, olvidados por todos. Hay una calma que enaltece los sentidos, acalla ese murmullo incesante de la ciudad viva que se recrea ajena a éste destino preparado desde el nacimiento.

Me gusta leer los nombres, ver las fotos, imaginar sus vidas, el lugar que ocupan ahora en el universo. Los gatos merodean en contraste vivo con tanta quietud, son ángeles peludos que mantienen la esperanza, te aferran a la tierra, a ese polvo que reclama más y más, sin miramientos, sin pausa.

Me gustan los ornamentos, las flores que son señal evidente del muerto no olvidado de aquel que si lo fue. Hay clases entre los difuntos, los del suelo y los del panteón y esa clase media de los nichos idénticos con cruz o sin ella, dando un mensaje póstumo de los que pagaron peaje y los que viajan de polizón.

Me gusta ver el último lugar donde estuvieron los míos, ese rincón que guarda su nombre como un recordatorio de su paso por esta tierra.

Me gustan los cementerios, el aroma de las flores, fruto del amor que traspasa la barrera del adios indefinido.

Me gusta la paciencia del que visita, sus miradas llenas de interrogantes, su cariño, esa laboriosidad con la que arreglan y limpian, los que rezan incluso sin fe, aquellos que hablan y lloran, las familias de algunas etnias que llevan sus sillas y se sientan allí en interminables vela-

das con ese que se fue y desean retener en un ejercicio de derroche aparatoso e innecesario.
Me gustan los cementerios cuando se acerca la hora del cierre, esa señal acústica que invita a salir evitando el riesgo de pasar la noche en una oscuridad que aún no es la nuestra.

Me gusta dejar atrás el sueño de tantos, sus palabras de aliento jamás oídas, esa sensación de vacío, de llamada, esa espera de los que ya descansan y un día fueron también amantes de sus paseos, sus bancos, cipreses y gatos.

Me gustan los cementerios.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Cuando me pusieron al niño en los brazos me quedé sorprendida de la belleza y perfección de sus facciones. Mi marido es feo, resulta antipático de decir, pero es algo obvio. Y yo no soy agraciada para semejante bebé. Pero era nuestro y ningún nombre le hacía justicia. Al final le puso el suyo, más bien como señal de pertenencia. Pasó a llamarse Luis y nos lo llevamos con el temor de ser detenidos con esa frase: ha habido un error...

Pero se vino con nosotros, fue festejado y admirado. Era un niño que parecía mirarte fijamente, que apenas se movía ni lloraba. Las alarmas se encendieron, era bello porque no estaba bien. Pero no dije nada. Era mío, lo más perfecto que nunca iba a tener.

Un día, al bañarlo, le noté dos bultos en la espalda. No le dolían así que fingí su existencia para que nadie me lo arrebatara. El niño crecía hemoso y silencioso, no hablaba, sólo sonreía dulcemente. Mi marido perdió el interés y dejó de hacerle caso. Pero en la guardería me hablaron de esa aparente chepa y dejé de llevarlo. Sus protuberancias eran mayores y yo lo vendaba para disimularlas cobardemente. Mi sobrina jugaba con él, era la única que lo entendía.

Un día vino corriendo y me soltó, con la inocencia de los niños: Luis es Angel, Luis es Angel... Tonterías y juegos de niños con mucha imaginación pero, alarmada, acudí a verlo. Mi hijo estaba sentado con el torso desnudo y detrás se veían claramente el nacimiento de unas alas. Pánico y estupor. ¿quién era ese niño?

Mandé a mi sobrina a su casa advirtiendo de que no debía contar nada, que era un secreto, un disfraz.
Mi hijo, dulce y callado estaba desubicado, ajeno a todo, quieto, sumido en una espera. Fui consciente de que no me pertenecía, no era mío, de nadie, un error, un regalo fortuito. Supe que se iría, que sería inútil esconderlo, que haría daño, sería un escándalo, lo encerrarían en un laboratorio, en un manicomio, la prensa haría carnaza de su bella imagen.

Tenía cinco años y su padre ya no vivía con nosotros. Tenía unas alas blancas que lo cubrían en una estampa con más cielo que tierra, debía partir a su sitio, no era en esta habitación infantil, en este barrio humilde, no era mío, estaba reteniendo su vuelo.
Asi que abrí la ventana y le dije :
—Adios Ángel... no me olvides.

Y se perdió en la noche oscura y fui más feliz, mas creyente, más humana. Tuve en mis manos una parte divina de este Universo que desconocemos.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Soy un limpiabotas, de esos que aún se arrodillan para limpiar los zapatos de tanto arrogante que gusta de humillar. Trabajo en esto porque no sé hacer nada y vi a mi padre sacarnos adelante de esta forma.

Pero los tiempos han cambiado, la gente va con prisa y esto requiere su tiempo. Aún así he descubierto que es la estación el punto idóneo. Aquí todos esperan un tren para partir o a alguien que supone viene para un encuentro. En ambos casos, tiempo muerto y tensión nerviosa. Es fácil sentarlos y dejarse hacer.

Los zapatos son una parte importante del vestir, se puede saber mucho tan sólo con fijarse en ellos. Viene el que aparenta con un traje perfecto pero sus zapatos, pasados de moda, indican que todo es pura fachada. El de zapatos nuevos que no son cómodos ni útiles pero cuyo brillo desea desviar la atención de otras carencias. Zapatos destaconados por un uso excesivo, igual valen para trabajar que para vestir. Zapatos con suelas gastadas desigualmente, indican un defecto físico o un vicio al caminar.

No suelen hablarme, siempre ausentes, bien por dignidad o por un pudor a verse observados. Siempre hombres, las mujeres salen de casa o bien desarregladas en su totalidad o perfectas en conjunto. Para eso y otras muchas cosas, nos ganan en habilidad y estética. No gano mucho pero mi labia les arranca, si bien no una sonrisa, si alguna propina. Suelo ser esmerado, jamás les mancho los calcetines, ni dejo inacabado el lustre. Zapato que pasa por mis manos rejuvenecen al instante. A algunos, viajantes la mayoría, ya los veo venir con sus maletines, chaquetas

holgadas y zapatos de batalla.

Aquí pasa como en todo, son los más necesitados, los generosos, los ricos pagan y ni siquiera dan las gracias. Para ellos eres como un expendedor de betún, sin alma ni sueños. Pero yo deseo tener mi taller de zapatería, arreglar suelas, coser rotos, parchear, devolver a la vida zapatos cansados, una especie de hospital de rehabilitación.

Y sueño con ella, la mujer que comparta mi trabajo aunque nunca he visto a una haciendo lo que yo. Quizás porque pesa el cajón, que se trabaja en la calle, nunca sabes con quien te vas a topar. Nunca he tenido problemas más allá del pillo que huye sin pagar aún sabiendo que de ese modo ha cerrado toda posibilidad de volver. Los hay en todas partes, disfrutan con ello unos segundos, después se quedan mal, porque nadie es inmune al remordimiento.

El otro día algo me marcó. Llevaba ya tres pares cuando se sentó otra persona. Iba pensando que era un buen día, por la feria y los visitantes. Aquí no hay que preguntar qué desea, es limpiar y sacar brillo con rapidez. En eso estaba cuando al acabar un zapato me dirigí al otro, con gesto impaciente porque no lo tenía bien colocado.

Lo agarré para situarlo cuando mis manos y su rostro demudado me alertaron de mi falta de tacto. Ese zapato no llevaba dentro una pierna de carne, era postiza, un elemento metálico que era difícil de manejar y que nadie debía saber de su existencia. Bastó esa maniobra para que alguien mirase y mi cliente azorado se fuese sin acabar.

Lo comprendo, no es fácil ser un tullido en un mundo perfecto que exige perfección. Me quedé con su cara, con ese caminar ondulante, ese zapato un tanto diferente.
Ese error me hizo volverme a casa, a mi padre jamás le pasó, conocía todos los secretos, piernas y zapatos, debo espabilar para no perder el tren... y nunca mejor dicho, en esta estación de viajeros fugaces.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Mi novia era perfecta, guapa, educada, responsable... enseguida fue aceptada en casa como la elección perfecta. Tal vez lo era, lo fue y yo la lastimé en demasía. La cuestión es que después de veinte años ha cambiado radicalmente, sigue siendo hermosa pero no es educada, es transgresora, me contesta, miente y engaña.

Sé que hace cosas a mis espaldas, inocentes pero que me irritan porque no era así cuando la conocí. Es chismosa, siempre habla de los demás con una libertad y atrevimiento que dan miedo. Se ha vuelto un tanto caótica, hace lo mínimo y de mala gana, todo para ir a reunirse con otras como ella.

Dame mi espacio, insiste como si apartarme de su vida fuera un derecho. Porque eso es lo que hace, dejarme aparcado para correr tras reuniones, charlas, cumpleaños y conciertos. Ni siquiera me pregunta, amparándose en la muletilla de que a mí no me gusta salir. Y eso es falso, me gusta hacerlo con ella, a solas, sin esos apéndices gorrones que se adhieren en cuanto asomas.

Se ha vuelto mandona, crecida de sí, orgullosa de esa feminidad que considera privilegio y patente de corso. Cualquier objeción mía es debatida con el consabido :a mi no me condiciones, soy libre y mayorcita. Y de ahí al me estás acosando hay unos minutos de diferencia.

He dejado de hablar con ella, de mirarla, prefiero no saber las pintas que usa, lo que bebe y a quien sonríe. Ya no es mi mujer, es la de todos, una desconocida que cada vez está más sobrada, en una indignación absurda contra mí.

Mi mujer era perfecta, quizás la traté mal o, simplemente, la dejé hacer en un renuncio amoroso que se volvió contra mí.

Ahora es tarde, no sé si volverá y, si lo hace, yo estaré a la altura y enamorado de esa otra mujer en la que se ha transformado. Es una arpía que dice palabras que antes la avergonzaban, que tiene amistades un tanto cuestionables y va a lugares de fama discutida.

Era tranquila y es un torbellino alocado que igual entra que sale, sube o baja, siempre con la mirada más allá de mí, de su matrimonio y su casa, convertida en fonda provisional y lugar de reposo. No la reconozco, no huele igual, su voz es testigo de su afición al tabaco, a trasnochar, a un cuerpo gastado por las resacas y comida rápida... Corre en un intento baldío por seguir siendo joven, en un mundo que desecha la madurez.

Mi mujer es perfecta pero ya no para mí, una cuenta atrás, silenciosa pero implacable me aleja de quien amé, dejándome en el olvido de los que perdimos el tren.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Mi abuela se pasaba el día en su butaca, hablando sola, riéndose de cosas que recordaba y mirando un punto concreto donde no habia nada. Pero, de vez en cuando, se levantaba como si fuera lo más habitual, nos miraba y decía: vamos a organizar, esta casa es un desorden en aparente orden. Y nosotras le seguiamos el juego de rebuscar, fingir hacerlo, darle importancia, tolerando su curiosidad dormida con los años.

Pero ese día, en ese revolver los trastos que estaban destinados a ser arrojados a la basura, cuando ella muriera, apareció un fajo de cartas atadas con un cordel. Nos reímos porque parecía algo de película, a temporal en una época de redes virtuales. Ella las tomó con suma curiosidad, le temblaban las manos y parecía saber lo que aquello suponía.

Se acabó el retén de trabajo, volvió a la butaca y se puso los lentes. La dejamos sola con sus recuerdos, con ese ayer que no podríamos entender y menos aceptar. Las lágrimas nos advirtieron que allí se decía algo que aún le rompía el corazón, palabras dolorosas que el tiempo no ablando.
—¿Qué pasa abuelita? ¿Qué dicen esas cartas?
—Hablan de amor, de alguien que nunca me olvidó y que yo creía que sí.
—¿Y eso? están cerradas... ¿por qué nunca las leíste?
—Nunca las recibí. Mis padres no aceptaron nunca nuestra relación, lo apartaron de mí, con la crueldad del bien hacer. Y acabé casandome con vuestro abuelo, lo quise, es verdad, pero nunca lo amé como a este otro.
—Eres viuda. ¿Quieres que lo busquemos?

—No, ese hombre no existe y yo ya no soy la joven que lo enamoró. Seria una ridícula locura.
Pero mis hermanas y yo supimos que lo íbamos a hacer. En un descuido le quitamos una de ellas para saber el nombre y el remitente. Más difícil de lo que cuatro jovencitas sin experiencia pueden lograr.

Sacamos nuestros ahorros para el viaje de fin de curso y contratamos a un detective. Tiempo después nos llegó respuesta, estaba vivo y nunca se casó. El número de su teléfono estuvo en nuestras indecisas manos, pero no habíamos llegado hasta allí para dejarlo pasar.
—¿Ignacio Lebrija?
—Soy yo.
—Perdone mi atrevimiento, soy nieta de Sofía Dimitri, ella ha encontrado hace un mes un montón de cartas, supuestamente, enviadas por usted. Desde ese momento no hace más que leerlas y llorar... no sé si esto le dice algo. Nuestro teléfono está en la guía. Buenos días.

Y colgamos con la sensación de haber roto un muro del pasado, dejado escapar un fantasma. Recibimos una carta dirigida a ella. Supimos disimular y entregarla como si no supiéramos nada. La abuela se puso de pie, se atusó el pelo, le brillaban los ojos.
—¡Niñas! Vamos a rebuscar.
No, otra vez no...
—Quiero encontrar un vestido único para una visita especial.

Y llenas de júbilo abrimos baúles y armarios desencajados y llenos de telarañas. Se iban a encontrar de nuevo,

después de cincuenta años, no se olvidaron, jamás dejaron de esperarse de soñar con esa vida robada, esa vida sin vivir.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Alguien me busca, pregunta por mí, eso me dicen algunas personas, con más curiosidad que preocupación. Hace tiempo que vivo solo, perdí a mi mujer y ya no he querido intimidad con nadie. Me dedico a pintar y dar paseos, un abuelo pacífico y un tanto huraño. A la fuerza de estar solo uno acomoda y decora la soledad, la convierte en una estancia acogedora donde nadie más debe pisar.

Tengo pocos vecinos y la mayoría son como yo, no pasan del saludo cortés y de espiar tras las ventanas. Somos viejos pero no, por ello, hemos perdido la curiosidad. Nunca pasa nada, es un barrio de poco o ningún movimiento, se escucha hasta el parpadeo y un suspiro. Por eso esa persona que me busca es un interrogante vivo que me inquieta. Dicen que el pasado siempre vuelve y me aterra más que mi futuro inmediato. Estoy preparado para partir, nada me ata a un mundo que ya no reconozco, donde casi todos se fueron y los que veo parecen de otra especie similar pero de peor calidad humana.

Por la noche cierro con atención las ventanas y no dejo de lamentarme por no haber hecho caso a mi mujer cuando quería rejas, un perro o una alarma. Yo era más viejo que ella aunque de la misma edad, todas las novedades me venían grandes, el gasto era exagerado aunque fuese fácilmente asumible y las molestias infinitas en una rutina bien definida.

Ahora, sin ella, la casa se ha ensanchado, me sobra sitio, hay rincones que son intimidantes y el ruido en la oscuridad me preocupa desde que alguien me busca. He sido una buena persona, no creo tener enemigos aunque mi

carácter no ha hecho florecer amistades de esas de verdad incondicionales.

Alguna tarde se acerca otro viudo desconsolado que se encuentra sumido en la delgadez extrema porque no sabe, ni quiere aprender, a hacerse una tortilla. Yo me manejo bien, la cocina es un pasatiempo que resulta apetitoso. Suelo hacerlo para un par de días, de modo que no estoy obligado a ello de manera habitual. Le suelo invitar a un café, hecho que siempre rechaza, educadamente. No desea cruzar el umbral de mi casa porque significaría abrir, otro día, el suyo. Y de esa forma ruin ha acotado su intimidad creyéndose mas libre.

Alguien pregunta por mí... un viejo sin un pasado del que presumir, sin riquezas que repartir ni amor que entregar. Y cada día miro el buzón por si aparece la misiva del extraño que ha robado la paz de mis noches. No tengo hijos, no los tuve con mi mujer ni creo haberlos tenido, sin saberlo, en esa juventud que todos sobrevolamos sin pisar la realidad.

La vida es esto, cuando los días se acortan, los michelines se han ajustado a tu cintura, la ansiedad por el dulce, las siestas de antes y después de comer... ¡y aún pretendo dormir por la noche de un tirón!

Noches largas, de visitas al excusado, calor, frío, me pongo y quito la almohada, me levanto a comprobar que todo está cerrado y a las cinco enciendo el transistor para saber que nuevas locuras pasan en un mundo que voy a dejar en breve.

Esta mañana, al fin, había una nota en el buzón. «No quise molestarle anoche pero vengo de lejos y necesito hablar con usted. Mañana le espero en el hogar del jubilado. Allí pasaremos desapercibidos».

Éste no me conoce, desapercibidos, me mirarán todos porque desde que quedé viudo no he vuelto, no bebo y no me gusta hablar por hablar ni los juegos de mesa. Pero acudo rápido, mas que nada para quitarme la desazón que me tiene en un sinvivir.

Allí aparece una joven, todas lo son para mí.Con un parecido asombroso con mi mujer, en paz descanse. Me molesta ya sin saber sus motivos, un instinto de viejo me dice que son problemas. Se presenta con desparpajo y afirmando ser hija de mi parienta, un embarazo de juventud que jamás salió a la luz.
—Imposible, ella no podía tener hijos.
—No pudo después de tenerme a mí, quedó destrozada. Lo ocultó para poder casarse.
—¡Qué tontería! Ella me contó todo su pasado, era muy sincera conmigo, no se atreva...

La vi revolverse un tanto inquieta, seguro que creyó que sería viejo y senil.
—Soy hija de su mujer, así que heredera.
—Acabáramos... viene como un cuervo carroñero. Pues ya se puede largar o llamo a la Guardia civil. Aquí está todo el pescado vendido y no hay nada que sea suyo.
Y me levanté, ante la mirada de esos otros viejos que se lamen las heridas en grupo, saliendo con un portazo. Es cierto que se parece a ella pero aunque fuese cierto no tie-

ne derechos sucesorios, no figura como hija suya. A estas alturas, es capaz de intimidarme, de enviar a alguien.
—¿Está Joaquín el cerrajero? Quiero poner unas rejas.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Soy una niña pequeña pero madura, demasiado seria y triste. Observo la realidad y todo me produce un gran melancolía, como si me hubiera desengañado la vida, apenas iniciarla.

Mi madre es lejana, va a lo suyo y no suele reparar en mí, inútil preguntar, abrazarse a ella para sentir calor. Mi padre es exigente y se irrita si me ve llorar, no sabe consolar ni tiene palabras de aliento. Soy pequeña y los conceptos son abismos que no se cruzar. Ayer murió el gato, pasó de jugar conmigo a una rígida postración.
—¿Qué le pasa?
—Se ha dormido para siempre.

Acto y seguido lo tiró a la basura ante mi tristeza y estupor. ¡Se ha dormido para siempre! y esa idea se apalancó en mis noches, retrasaba la hora de acostarme, dormía con la luz encendida, a sobresaltos, aterrada ante la idea de no despertar y ser tirada a la basura. Era una niña sensible que lloró la ausencia tibia y el ronroneo de ese animal negro y esbelto, esa trozo de vida afectuosa que buscaba su regazo y acompañaba las soledades de un niño sin hermanos. Mi madre se dio cuenta de esas manías y me increpó :
—¿Se puede saber qué te pasa?
Era tan largo, carecía de vocablos, de pericia...
—Estoy preocupada.
—¿Preocupada tú? No me hagas reir. Mira que eres rara...

Estaba preocupada porque nadie me explicó qué era la muerte, que el gato era viejo y se le paró el corazón. No es culpa del sueño ni un ladrón en la oscuridad. Era rara, a

partir de ese momento nada en mí sería lo esperable en una niña de once años.
Me tuve que enfrentar sola a otra realidad, la de los hombres con manos largas. Debía andarme con cuidado porque sabían donde tocar y en que momento. Yo me asustaba y ellos seguían como si ni siquiera me hubieran visto. Inútil preguntar.

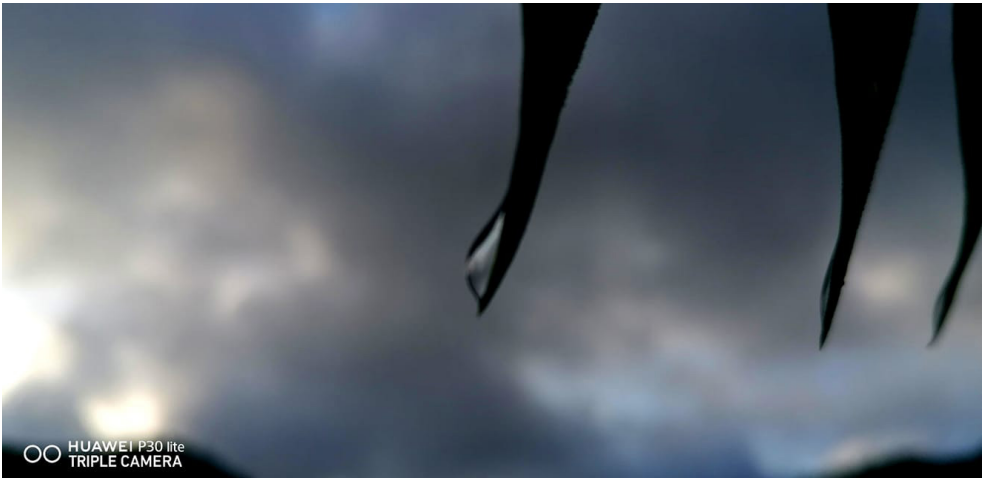
Cuando me bajó la regla tan solo me dijo que tuviese cuidado porqué me podía quedar embarazada. Y yo me asusté, sería por un roce, una palmada, una caricia en la pierna o tal vez un beso. Me torné arisca hasta el extremo de rehuir el contacto con mi padre y demás parientes varones

¡Qué rara eres! sentenciaba mi madre, esa mujer ignorante y obtusa que solo supo alimentarme y además mal. Soy una niña que ha empezado a mojar la cama, a tener pesadillas, a sentir horror ante los cambios de su cuerpo que resultaban atractivos a los depredadores. Mi primer sujetador para un cuerpo minúsculo y aniñado fue como una sentencia. A partir de ahora deberé llevar esta incómoda prenda para evitar el acceso de manos curiosas.

Fuimos al parque a echar de comer a los patos, como siempre mi padre leía el periódico y mi madre hacía punto. Apoyada en esa barandilla noté un cuerpo adulto que me rozaba por detrás.
—Toma, tírales esto y verás.

Y mientras lo cogía puso sus manos en mi incipiente seno. No grité, un instinto me hizo agacharme y huir dr sus

brazos. Miré a mis padres buscando ayuda pero seguían ajenos a mí. Fui y me senté en el banco con ellos.
—¿Ya te has cansado? qué rara eres.
—Estoy preocupada.


HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

En casa siempre había un halo de misterio, reuniones clandestinas, susurros, velas y cartas. Mi abuela se ganaba la vida con la videncia, un don que decía poseer y que mi madre fomentaba en los mercados para traer a la gente desesperada en busca de una respuesta. No todos podían dar dinero pero sí que eran agradecidos con los objetos y alimentos que daban por una consulta.

Habían preparado una habitación, le dieron el aire místico del misterio, sin dejar de lado su parte de terror para no dejar a nadie indiferente. Yo no creía que mi abuela viera nada, más bien pensaba que hacía el tandem perfecto con mi madre, la cotilla perfecta de oído fino e indiscreta como ninguna.

Esos chismes eran, después, usados por mi abuela con toda la parafernalia que la buena adivinadora debe usar. Sino fuera porque era nuestro sustento, me daría la risa, se puede ser más ignorantes que estas mujeres que compraban frascos de agua del grifo, convencidas de llevarse la medicina curativa o la pócima del amor para atar la voluntad del otro.

Pasaban rato inventando efectos especiales, rellenando tarros con ceniza, tierra o hierba hervida. Cualquier cosa, las más repulsivas eran las que más satisfacción producian en esos desgraciados incapaces de solucionar sus problemas en la normalidad de una realidad palpable.

Yo naci así, me parecía normal aunque en el colegio me llamaban la hija de la bruja. En ese punto tuve que tomar postura, aceptar que mi familia no era habitual o des-

marcarme de esta estafa barata y casera en la que nadie reconocerá ser estafado.
Quise ver una sesión y me puse en un ángulo muerto donde no era vista. Vinieron tres mujeres, solas, despistadas, con un denominador común, la pobreza y el analfabetismo. La primera había perdido a su marido y quería saber si estaba bien.

Imposible que mi abuela supiera la situación del difunto pero, con un arte innato hizo unas invocaciones, bajó la luz, gestos, oraciones desconocidas y después una expresión asombrada... la mujer se afanaba por ver lo que suponía veía mi abuela.
—¿Está aquí?
—Si, está bien, dice que la perdona.
—¿A mí? ¿Perdonarme él a mí? Increíble, es él el que debe pedírmelo a mí.

Mi abuela sabía dar la vuelta a su farsa y le decía que la perdonaba por no haber venido antes a buscarlo.
—Ahhh, ¿y está en paz?
—Ahora que la ha visto se va feliz.

La mujer entregó cincuenta euros y se marchó satisfecha y un tanto aliviada. La segunda mujer tenía dudas sobre el amor de un bombre, deseaba saber si era fiel. Vi a mi madre entregarle bajo mano una nota. Estoy segura que en ella estaba la información que le iba a transmitir.
—Veo que este hombre juega a dos bandas, veo a otra mujer, morena, más joven, lo ronda a la salida del trabajo.

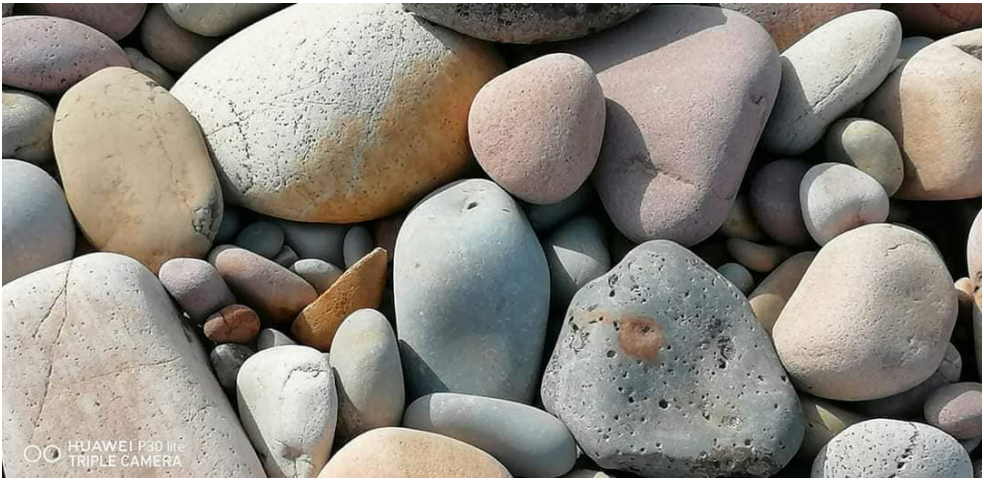
Se puso a llorar hasta que mi abuela le ofreció un ritual de

amarre. Otros cincuenta euros por una información que todos conocían menos ella. La tercera deseaba adivinar su futuro, mi abuela conociendo, por mi madre, la familia y ambiente social, le dijo unas vaguedades que podían ser aplicables a cualquiera. Esta mujer entregó una docena de huevos. Realmente eran dos estafadoras, esto algún día acabará mal.

Mi abuela no es vidente, es una pilla y mi madre una alcahueta. Me dejo ver, después del sobresalto, mi abuela me mira fijamente y me dice que estoy esperando una niña.
—¿Qué dices, abuela? déjalo ya.

Pero me hice la prueba, esa tan rápida que hay y era cierto. Era imposible que lo supiera porque ni siquiera yo era consciente, nadie tenía ni idea. Y un escalofrío recorrió mi cuerpo.
—Abuela, es verdad
—Claro que lo es... y también te digo que has heredado mis dones de adivinación, cosa que tu madre no posee.

Ya me vi dejando de ser la hija de, para llegar a convertirme en la bruja de los poblados donde la modernidad parece no tener acceso.


HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Mi madre era muy buena repostera, siempre andaba en la cocina entre harina y huevos, llenando la casa de olor a canela. Pasaba mucho tiempo guisando y haciendo recetas nuevas con las qué sorprendernos. Pero desde mi punto de vista sabía que esa hiperactividad era señal de desazón interno, una llamada de atención a su marido que leía siempre el periódico.

Intuí que esa mampara de papel lo aislaba de las miradas ansiosas de mi madre y de algunas explicaciones que no deseaba dar. Tenía amigas que sus padres se habían separado y me habían relatado esos indicios sutiles del progresivo distanciamiento.

Papá no probaba las galletas, unos sorbos rápidos al café y salía escopetado hacia el único mundo que conocía. Mi madre sonreía condescendiente y se afanaba en dejar la casa como si de un hotel se tratara. Una limpieza exhaustiva que solo yo sabía apreciar porque era consciente de todo el sufrimiento de esta mujer para evitar que su hogar fuera desmantelado.

Habia tirantez educada, silencios cómplices, miradas de reproche. Un matrimonio que se aferraba a nosotros en un intento por no abandonar el primero. Los niños no somos argollas, ni solución al amor perdido, más bien rehenes engorrosos y víctimas del desamor.

Mamá cocinaba a destajo, con frenesí, olor a romero, menta y perejil. Ponía unas mesas bonitas, flores y siempre vestida como si fuera a salir. Atrás quedó la bata, el desorden y la apatía. Era una luchadora en el campo de bata-

lla. No sé si era el cansancio de la rutina, la búsqueda de la novedad, la crisis de los cuarenta... un desgaste emotivo y sensorial. Por la actitud de papá veía la rendición de la plaza cada vez mas cercana y eso me impedía dormir, saborear los bizcochos, reir alegremente.

Mamá fue perdiendo fuelle, intensidad, la cocina ya no estaba siempre encendida, ni ponía flores, se diría que había un reconocimiento tácito a la derrota asumida. Dejó de arreglarse, de fingir contento, le salieron ojeras que parecían llanto.

Era cuestión de días y me uní a mis hermanos temiendo ser separados en una repartición brutal y enojosa. Pero aquella tarde papá llegó con un ramo de flores.
—Ponlas en la mesa, hace días que no lo haces y me gusta. Te ves bonita aunque no te vistas para mí....
—Yo...
—Perdona si he estado ausente, frío, os he dejado de lado, había problemas en la empresa y mi nombre estaba en la lista de los despedidos. Una habilidad mía en este juego de tronos de adultos me ha posicionado entre los futuribles. No solo no van a despedirme, van a ascenderme.

Y sonrió como hacía meses que no lo veíamos hacer y cogió su mano, se miraron. Y la casa volvió a oler a canela, menta y romero

HUAWEI P30 lite

De tan bueno parecía tonto, era de esas personas que se olvidan de si mismas para atender al otro. Se transformaba ante las calamidades y era un participante activo en rescates, búsquedas y consuelo. Yo estaba orgullosa de él, tan distinto de mi madre cuyo mundo era ella y los satélites que le hacían brillar. Una mujer incapaz de agacharse a levantar a alguien, ser testigo, ceder el asiento. Y yo hija de ambos tenía la doble visión de una humanidad antagónica.

Los quería a los dos, en sus carencias y sus extravagancias, en los renuncios de uno y la heroicidad del otro. Pero yo no tenía ni el coraje de mi padre ni esa vanidad de una madre con las uñas perfectas y una sonrisa tatuada. Siempre habrá dolor, la vida en sí es un riesgo, una penuria, la precariedad en la que nos balanceamos sin pensar en un accidente, en la muerte. Una muerte que les ocurre a los demás, a los lentos, no prevenidos, sin estrella.

Me sentí a salvo siempre, protegida por estas dos personas todo terreno, incompatibles pero armoniosamente unidas. Mi padre precisaba un freno, un momento privado, sin testigos ni riesgo. Mi madre necesitaba un estímulo para ver más allá de sus uñas perfectas, un motivo para despeinarse. Y cuando eso pasaba, se ponían muy juntos en el sofá, sin hablar porque todo está dicho.

De tan bueno no era creíble, algunos llegaban a decir que lo hacía por salir en tv, que en el fondo era un exhibicionista calculador. De ella se dijo lo peor, la bruja que lo tiene seducido con sus malas artes para vivir sin trabajar. Yo los conocía, el era así, simple y básico, con amor al

prójimo y un gusto por la adrenalina que se desprende en los momentos críticos. Ella era una buena mujer, trabajaba desde casa para una empresa de publicidad, su aspecto esmerado era parte de su puesta en escena. Estaba orgullosa de ella, de los dos.

Un día mi padre colocando un toldo quedó suspendido en el aire, a una altura de un quinto piso. Nadie supo cómo actuar ni quiso arriesgarse, llamaron a los bomberos. Mi dócil y estudiada madre, esa mujer cursi y pagada de si misma, se lanzó sin pensar, en el rescate imposible de su marido.

Forcejearon, hubo dolor y risa antes de precipitarse juntos al vacío. Me quedé sola, horrorizada, como si eso no hubiera pasado, si me daba la vuelta los vería juntos comiendo palomitas... pero escuché las sirenas y desperté.

Mi padre valiente, que a tantos salvó, no tuvo en su momento a nadie a su altura, mi madre tan criticada por blanda, no dudó en lanzarse a por él. Son mis héroes, mis padres antagónicos y buenos, un ejemplo, un orgullo.

Cómo mujer podría decir que he hecho cuanto pude para hacerme escuchar, he procurado no ser la sombra de nadie y decir todo aquello que creía sinceramente. Pero como mujer perdí mi libertad cuando me casé y mi marido decidió el cómo, el cuándo y el por qué.

Como mujer busqué la belleza y la armonía en cuanto me rodea y quise que fuese el marco de mi existencia. Pero llegó él con su caos a cuestas, modales bruscos, gustos de dudosa calidad y ensucio los suelos y empapelo las paredes.

Como mujer quise ser la madre perfecta, compañera de juegos y educadora amantisima. Pero el vió negligencia y blandura e instituyó reglas y prohibiciones, haciendo la vida de los niños algo muy alejado al mundo que prepare para ellos.

Como mujer me perfeccioné en las artes de la seducción y la ternura exquisita, pero llegó el con sus prisas y bruscos modales, haciendo del amor un campo de batalla.

Como mujer accedí al conocimiento instintivo de las verdades ocultas, a ese placer del alma que se subyuga por el universo, pero llegó él, que lo sabe todo, poniendo un techado de banalidades y mentiras para impedir que pudiese ver la luz. Pude ser y hacer muchas cosas como mujer, pero me enamoré y todas ellas quedaron supeditadas a la estulticia del más fuerte.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Se levantó con mal pie, uno de esos días que amaneces desencantada sin saber el porqué y con un agujero negro en el pensamiento. Antes siquiera de tomarse ese café que solía ser como la señal de salida, llamaron a la puerta. Pensó enseguida en su aspecto, en ese aliento, los pelos... se demoró pensando que igual era resto del sueño. Pero volvió a sonar y se lanzó a la puerta.

Un joven de rostro aniñado y voz de pito le entregó un ramo de flores. Antes de decir algo se vio con las flores y sola. Eran unas rosas preciosas, rojas, aromáticas pero sin tarjeta.

Las puso en un recipiente con agua y se volcó en ese café que la despertaría y pondría en marcha. Ese aroma y esos buchitos calientes la reconciliaron con el despertar. Miró esas flores, seis. Un número curioso, suelen ser doce... y comenzó a pensar en quién podría habérselas mandado y por qué.

Su jefe no estaba muy contento con ella, su puntualidad, hoy un día más, solía ser una dificultad en su buena armonía. Ese chico con el que sale los domingos al cine. Es impropio de él, sácalo del mundo cinematográfico y no tiene conversación. Sirve para matar la desazón del domingo tarde, poco más.

Y ese chico nuevo, el de la fotocopiadora. La mira mucho pero se arrima a esa otra que parece sacada de un álbum de los años 70.

¿Mi amiga? hace tiempo que no nos vemos, es como si hu-

biésemos perdido la magia de las almas parecidas que se consuelan en tristes melodías.
¿Mi vecina? Es verdad que nos hacemos favores, de esos ridículos que solo requieren un gracias con una sonrisa más o menos cómplice.

Mi madre, es mi pobre madre que sabe que estoy deprimida... pero ¿seis? igual no le daba para más. Aunque creo que sabe que me gustan blancas. Tomare otro café, hoy ya no llego al trabajo. Diré que estoy enferma. La verdad es que estoy decaída y estas flores me han traído una mezcla de esperanza y desilusión.

Cualquier mujer que reciba flores, sabe de inmediato de quiénes son. Eso se sabe, todas notamos el efecto que causamos. Ahí viene mi extrañeza. En mi mundo no hay novios, amantes, enamorados ni agradecidos. Soy una mujer aburrida que no levanta pasiones, que a nadie gusta, que no sé hacer nada importante por alguien. Vamos una torpe mediocre y con falta de humor.

Ya sé que hacer, lo he visto en las películas, llamo a la floristería para sonsacar el nombre de esa persona que deseo conocer, de no conocerla ya.
—¿Floristería DÍSELO YA?
—Al habla.
—Esta mañana me han traído media docena de rosas sin tarjeta... y quisiera saber a quién agradecer.
—Qué raro, dígame el nombre y la dirección.

Los nervios me tenian tan excitada que estaba deshojando las rosas.

—Creo que ha habido un error imperdonable, esas rosas iban dirigidas a otra persona. Ahora pasarán a recogerlas.

Iba a decir que no lo hicieran, que las había deshojado, son mías. En veinte minutos estaba en el trabajo.
—¿No estabas enferma?
—Estoy mejor, la casa se me caía encima.

Y recordaba a ese joven lampiño llamando desesperado para recoger unas flores que nunca serían de otra.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Acabo de matar a una persona y estoy paralizada. Tengo una mezcla de ganas de vomitar y de ir al baño. No soporto la sangre, el dolor... No se mueve, no respira. Mejor. No deseaba hacerlo pero quería hacerlo. Esa dicotomia que te mantiene en pausa hasta que arrancas con lo que sea.

Él me acosaba. No es una justificación, es una realidad que nunca podrá ser demostrada. Era de ese tipo de personas que cae bien, que nadie tiene nada malo que decir. Trabajador, un hombre de familia y esa parte oscura que me tocó conocer. Antes de esto he intentado alejarme varias veces sin resultados. Hablar con alguien fue una opción hasta que descubrí que para ellos era un viejo senil e inofensivo.

Lo he matado. Me daba terror su mirada lasciva, que estuviera espiando tras las ventanas. Era muy listo, ni una llamada, ni una carta. Nada que pudiera ser utilizado en su contra. Parecía el hombre ejemplar, el más rico y con costumbres más adecuadas. Pero tenía otra cara. Esa que usaba cuando le gustaba una mujer. Un acoso discreto pero persistente. Nunca sabías dónde iba a aparecer. Porque esa era otra. Con trabajo y familia era impensable que tuviese tiempo para surgir en una esquina, un camino, una reunión.

Y me miraba fijamente como hacen los depredadores. Tenía miedo... Vale que no es excusa para matar. Pero nadie puede ponerse en tu lugar y comprender lo que una persona así supone para tu tranquilidad. Vivía mirando atrás, con miedo de abrir el buzón, cerrando puertas, corriendo cortinas.

Una noche escuché unos pasos. Apenas unos roces, pero cuando estas aterrada los sentidos se agudizan. Esta ahí fuera, lo sé. Y me quedaba muy quieta y en silencio hasta que lo escuchaba marchar.

Lo curioso es que en público no me habla, es como si no me conociera. De ese modo nadie lo relaciona conmigo. Es inteligente y malvado. No quiero tomar somníferos, tengo miedo a quedar dormida y que entre sin saberlo.

He puesto una cámara de vigilancia en la entrada. La vio poner, estoy segura porque no volvió a pasar por su radio de acción. Las ventanas tienen rejas. Debería sentirme a salvo. Mi amiga dice que avise al O16, soy una mujer acosada. Pero no hay ninguna prueba. Encima quedaría yo como una loca con pretensiones amorosas a mi edad. Inútil.

Lo he matado. Aún me tiemblan las piernas, tengo la garganta seca y el pulso acelerado. Nunca debió pasar. Jamás tuve que comprar una pistola. Todos saben que si la tienes la usas. Pero, de verdad, yo la quería para hacerme valer. Estoy manchada de sangre y no se que hacer. En las películas veo que aunque lo hagas lo saben, incluso si has disparado.
¡¡Viejo de los demonios!!

Pero esta ropa... Espera, ¡este no es el acosador!
¿A quién he matado? Esto ya supera la ficción. Encima de asesina, estúpida. Me caerán treinta años, así que jamás volveré a pisar la calle, Dios mío, mi casa, todas mis cosas, todo echado a perder. Es que estaba muy obsesiona-

da y aún no entiendo como no funcionó la cámara.

¿Quién es este hombre y a qué vino a casa? Si lo supiera podría justificar su muerte. Igual era un ladrón o un violador, o las dos cosas a la vez. Debería llamar pero necesito pensar.
¡Suena el teléfono! Quien puede llamar a estas horas, han oído el disparo, estoy perdida. Pero si no lo descuelga será peor.
—¿Quién es?
—Perdone las horas, soy de la compañía de la cámara de seguridad. Algo tiene puesto que impide la visión, así que hemos enviado a un operario. Hace dos horas y no ha vuelto. ¿Está aún por ahí?

Claro que estaba y muy quieto. Podían esperarlo, jamás regresaría. Un operario, un pobre hombre que vino a ayudar. Esa costumbre de presentarse sin avisar. Pero llamó alguien y no quise cogerlo por si era mi acosador. Hay días que uno no debería levantarse.
—No sé, aquí no ha venido nadie. Estaba dormida.
—¡Qué raro! Perdone. Buenas noches.
—Buenas noches.

Ahora me tengo que deshacer de este cuerpo y quedan seis horas para que amanezca. Agradecí que mi padre fuera carnicero. Lo demás fue horrible pero era una vaca, era una vaca, era una vaca...

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Soy una mujer práctica, atea, con las ideas claras y poco tiempo. El día se me escapa entre multitud de quehaceres cotidianos, tediosos y aburridos. Bregar con mis inquietos hijos que no paran de preguntar el porqué de todo cuando no tengo respuestas, no lo sé, ni me importa. Soportar las manías acumuladas de un marido poco incentivado. Buscar dinero entre los cojines y bolsillos para esos caramelos que reclaman a menudo. Sortear recibos impagados, acumular deuda y hacer una comida con restos de una alacena desavastecida.

Soy una nujer práctica, de esas que nada tiran y todo lo reciclan. Plásticos y botes que son otra vez utilizados, ropa remendada que pasa de uno a otro... y una paciencia infinita sin un dia de descanso. Salgo a la calle de cualquier modo, no tengo tiempo para mirarme, los niños van al colegio, mi marido al trabajo y yo debo proveer para cuando regresen. No hay suficiente dinero y, aun así mi marido no quiere que trabaje. De un tiempo a esta parte me dedico a hacer recados a las personas mayores. Tráeme esto, paga aquello, sube la bombona, saca al perro. Si bien no les cobro ellos me pagan con unas magdalenas, un euro, un par de manzanas. Y regreso a casa con mi secreto más celebrado.

Soy una mujer atea, apolítica, que tan sólo ojeo revistas atrasadas que me regala la peluquera a cambio de zurzirle las medias. Recorro las calles arriba y abajo, haciendo mandados, confeccionando un menú sencillo para los míos. Generalmente no es nada, pero a veces es mucho y mi marido me mira sin decirme nada. Paso siempre por la puerta de la iglesia que suele estar abierta aunque no

haya nadie. Jamás he entrado porque siento una cierta aversión a los curas. No creo en ellos. Pero estaba muy cansada y los pies doloridos. Hacía calor y esa sombra invitaba al refugio.

Dentro había otra temperatura. No había nadie, mejor para sentarme a descansar sin miradas curiosas. ¡Ufff, qué alivio! Todo a mi alrededor es siniestro, raro, fuera del tiempo. Mi reacción es salir de alli corriendo pero siento paz, una tranquilidad que no es habitual en mi. Miro todo aquello que no entiendo pero que parece relajarme. Hay una vela roja que tintinea en la oscuridad. Manías de beatas y otras que luego son mas malas que un dolor.

No estoy casada, ni mis niños bautizados, no somos personas de esas, nosotros somos de los que piensan, aunque no sé muy bien en qué. Salgo de allí y veo poca gente en la calle. ¿Habrá pasado algo?, le pregunto a una mujer.
—Están en sus casas comiendo.
—¿Pero qué hora es?
—Más de las dos.

Es increíble, entré un momento a descansar los pies, estuve unos minutos no más.... es raro. Sólo recuerdo la paz del silencio, la compañía en soledad. Soy una creyente.

Soy un mirón, sin remedio ni ganas de remediarlo. Desde niño me aficioné porque estuve un año en cama y era la ventana mi contacto con el mundo. Después es ya todo un arte, miro a la gente y me fijo en su ropa, en el cuerpo, sus manos, el bolso, sus gestos y su voz, me hago una idea somera de su vida, trabajo y aficiones... Y esto se convirtió en un juego peligroso porque me dio por seguir a la gente para comprobar cuantas cosas había adivinado. La verdad es que había aciertos y también muchas sorpresas. No todo es lo que parece, así que juzgar por una primera impresión es del todo injusta.

Mi mujer soportaba esta tontería y me seguía el juego, muchas veces, para tenerme tranquilo. Pero no sé como, ni quién tuvo la culpa, pero me dio por mirar el interior de las casas. Me compré un catalejo para ver las estrellas y terminé por buscar más abajo del cielo. Así supe lo que hacían, qué cosas comían, la forma de dormir y todas las costumbres, no siempre ejemplares, de mis vecinos más renombrados. Era un vicio. Ya salía del trabajo con la idea fija en meterme en mi despacho, con la excusa del trabajo, para ponerme a ver a mis vecinas más jóvenes. Pronto me aburrí de ver la rutina mediocre de personas sin alma y dejé de lado mi afición por las estrellas.

Pero soy un mirón, me gusta girarme para ver la espalda de algunas mujeres, el escote de otras, esas piernas que se cruzan con tanto descuido y, por último, mi perversión llegó a la observancia de niños desnudos en la playa. Es curioso como, a pesar de los avisos, las madres los dejan así ante personas depravadas como yo. Soy un mirón, un enfermo crónico que necesita el anonimato

para sentir excitacion.

Mi mujer es especial, tiene sus defectos, cosas que me irritan y otras que me enternecen. Como esa ingenuidad, como una máscara, que le impide ver que su marido no tiene ojos para ella porque anda perdido detrás de otras personas, a todas horas, en cualquier lugar.

Necesito tratamiento, que alguien se de cuenta, me detenga. Preciso ser denunciado, ir a un centro, parar esta obsesión que puede llegar a llevarme a mirar más lejos, muertos y heridos. Soy un mirón, me enamoré de mi mujer después de mirarla tanto que no hubo sorpresas la noche de bodas. Me casé para evitar que esta obsesión me hiciera cometer alguna locura.

Pero aquí estoy, nadie lo sabe, no me prestan atención, tienen que detenerme... Mis nietos van a venir a vivir a casa y he tenido un ramalazo, una tentación. Es que nadie se da cuenta de que soy un depravado, un viejo verde, un pedofilo, un peligro casero. Necesito ir a un centro, conocer a otros mirones, a los exhibicionistas, pederastas y violadores. Que alguien me mate...

Soy una mujer sucia y desordenada, me crié en una familia caótica donde nada estaba en su sitio y la mesa siempre estaba llena de vasos y platos sucios. Aquello me producía malestar pero cuando mi madre murió fui yo la que adquirió todos sus defectos. No sé si imitándola la tengo presente o es que, en el fondo, me va la suciedad y el desorden.

Mis vecinas lavan y friegan sin parar, coladas tras coladas, bolsas de basura diarias, sacuden alfombras, lavan al perro. Ni se me ocurre. En mi casa se hace lo justo para pasar sin dañarse. Los utensilios de cocina solo se limpian si se van a usar y tampoco. Hay veces que no importa hacerlo encima. El polvo protege los muebles, es absurdo luchar contra él.

Las alfombras están llenas de vida, de objetos, son parte activa de la casa. Todos las pisamos con los zapatos, los niños juegan con el perro. A mi me parece ideal. Y la ropa descansa en sillas y puertas, imposible distinguir la sucia de la menos sucia. Te pones lo que hay, sin más florituras. Claro que pongo la lavadora, una vez a la semana para la ropa interior. Las sábanas y toallas esperan un mes. Cuando ya se ve en ellas la forma de la silueta. No huele, nosotros no notamos un olor especial. Mi casa huele a hogar frecuentado, a familia unida.

Soy sucia. No me lavo el pelo ni los dientes. Un tinte ya son palabras mayores. Y una ducha es innecesaria. Lavarse cómo los gatos y no todos los días. No olemos, al menos es un olor a cuerpos, a vida. No riego ni podo el jardín, dejo que sea la sequía o la lluvia la que se encargue de él. Es más cómodo y barato.

Soy un desastre. Mis armarios son el escenario de una tragedia. Un revuelto enmarañado de prendas que ni siquiera recuerdas ni te pones. Nos gusta vestir con lo más viejo, esa ropa que se amolda como una segunda piel, que huele a ti y tu ambiente. Abro y lo que cae es lo siguiente en usar o tirar. Los calcetines están desparejados y con roturas, cada uno hace y se pone lo que quiere. La mejor solución es ponerse dos a la vez.

El árbol de Navidad está puesto todo el año. Nos gusta que este allí, lleno de polvo y alguna telaraña. Somos así, diferentes. Nadie quiere venir a casa, les molesta no tener un sillón donde sentarse, que los animales campen libremente. Que los vasos estén siempre usados y el frigorífico sea un vertedero comestible. No tiramos nada. Se come aunque esté caducado o hayan pasado tres días.

Y bien hermosos que crío a mis hijos sin tanta tontería. Agua del grifo y pan duro que tostamos. Soy sucia de pensamiento, no puedo evitar tener una mente retorcida que ve lo que no existe y desea lo que no tiene. Me hago castillos con otras personas y sueño con matar y apoderarme de sus vidas.

Mi madre fue pionera de la guarreria extrema y yo una aplicada aprendiz. Mi marido es feliz, creo que no sabría vivir en esas casas en las que has de descalzarte, cuidado donde te sientas, no pongas los pies en la mesa. Aquí es un cerdo en una porqueriza. El suelo era rosado y ahora aparece marrón claro oscuro. Ya no resbala.

Somos sucios.

Soy una cotilla, de esa clase de mujeres que disfrutan destrozando la vida de las demás. Inventando, exagerando o dando pábulo a cualquier nimio comentario. ¿Para qué cotejar la información? Si algo suena por algo será. Así que mi afición preferida es hablar mal de mis vecinas, de conocidas y toda persona que se cruce en mi vida.

Tenía una fama justa de mala persona, enredadora y causa directa de ruptura de matrimonios, infidelidades y enemistades entre amigos inseparables. Disfrutaba haciéndome pasar por una buena vecina que se interesa por los demás, cuando buscaba mecha para encender. Luego disfrutaba de ello con un placer maléfico.

Soy una cronista del lugar, una cotilla indecente que arruina las vidas que no he sido capaz de vivir. A mi nadie me tose. Soy intocable. Me temen, mi lengua viperina llega más lejos que sus amenazas. Tengo mi lugar, ese punto geodésico desde el que nadie sale de mi círculo de visión. Desde allí me imagino y fabulo, a veces por diversión y otras por maldad.

Una de mis habilidades es separar amigas. Voy a una y le cuento como un secreto apenas escuchado tras una puerta, como su amiga habla mal de ella. Después hago lo mismo con la otra. Luego me siento a esperar ese encuentro público, explosivo, doloroso y para siempre.

No estoy sola, todo demonio tiene sus propios ángeles caídos. Y a mi me seguían otras tan malas y aburridas como yo. Me encantaba acercarme a la tonta de turno y con voz dulce y sonrisa falsa, entrarle.

—Hola cariño, desde el afecto que te tengo debo decirte que el otro día unas amigas hablaban de ti...
Y caía derrotada ante una mentira bien tramada y que arrastraba a muchos tras ella. Esa es mi vida, no sé cómo llegué a esto, ni como saldré de aquí. Pero tengo mi reputación de mala y no es momento para desmontar la falsa más divertida y aniquiladora.

Mira, ahí están mis amigas, vamos a ver a quien detripamos. No necesito saber quien es. Sólo tengo que exagerar las tintas.
—Por supuesto, yo lo sé. La vi. Y está embarazada pero no es de su marido.
—¿Qué dices?
—Qué es una puta con cara de buena. Que se sepa, su hijo es un bastado, vete a saber de quién porque es una promiscua.

Alguien me agarró del brazo y me alejo de allí.
—¿Estás loca?
—Es una puta o no...
—Es tu hija.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

No me gusta el mar y tú dale con querer pasar unos días en una playa. Un capricho caro y, para mi nada divertido. Qué quieres que te diga. No me gusta la arena, el salitre, esa sensación de estar rebozado que se logra un rato después de estar allí rociado de cremas y aceites. No puedo dormir en esas sábanas húmedas que parecen que el sudor sea constante.

La ropa de verano no me cabe de un año para otro. Ni por la cabeza, ni por los pies, se queda atorada en esa cintura de oro de una vida sedentaria y amante de la buena comida. Odio ponerme en bikini, es como ir en ropa interior pero de colores.

La sombrilla nunca tapa lo suficiente y acaba por ser un tendedero de una ropa que, más de una vez se alzó al vuelo y jamás recuperamos. Porque el gentío es total. Todos agolpados para mojarse y hacer pis. Porque no hay un servicio, ni un bar a kilómetros. Es como una playa abandonada y abordada por los amantes del riesgo.

No me gusta la pinta que tengo, me veo gorda, deformada, roja y vieja. Me molestan los que sacuden la toalla como si estuvieran solos, los que corren para no quemarse y descansan sobre tu esterilla. El que lleva un aparato de música y cree que es la que todos deseamos escuchar.

Sólo me gusta el sonido de las olas pero los gritos de la gente, esos que pasean de arriba abajo con paso marcial, las madres rodeadas de niños que gritan de miedo o de emoción.

No me gusta la playa. Vengo por ti, para que seas feliz. Pero el caso es que, a los tres días, ya estás harto de madrugar para coger sitio, hacer cola para enjuagarse los pies, quitarte la arena de los ojos, mirar cuerpos extraños semidesnudos y bañarte en un mar que te arrastra para adentro o te empuja para afuera, te quita el bañador y te hace caminar de una forma ridícula y poco estilosa. ¿Qué quieres que hagamos? Volver a ese apartamento donde los ascensores van llenos o no funcionan, el tamaño de la cama está de acorde a los pocos metros cuadrados de piso, el agua sube a trompicones, cuando hay presión, o estamos con arena hasta el día siguiente.

¿No recuerdas que debimos recorrer más de un kilómetro para llegar a una ducha y después esperar bajo un sol de justicia, para apenas quitarnos algo de lo mucho acumulado? A mi no me apetece, prefiero ir a la piscina, darme una ducha, comer con el ventilador y salir al atardecer a dar una vuelta. No me fastidies con impertinencias, bueno vámonos.

Ya no recordabas lo aturdido y agotado que acababas tras el viaje. Es que no es aquí al lado. Estamos en tu playa, enciende un cigarro y disfruta. Mañana empezará la verdadera odisea. Yo, jadeando me desplomé, otro año más en aquella minúscula cama que, no es por maldad, pero creo que tiene arena de otros veranos, otros ilusos que buscaban el paraíso.

Llamaba insistentemente a todas horas, como si una urgencia la obligara a pedir ayuda y yo, perro viejo, me olía el porqué de tanta llamada. Mujeres aburridas que corren al encuentro de la novedad. No abrí la puerta, es más, cerraba las luces para que pareciera que no estaba. Lo que me daba la opción de verla a ella, tras las persianas. No iba a otras casas aunque salía y entraba demasiadas veces para ser algo normal.

Ese histerismo femenino de mediana edad, ese estar sin estar y un insomnio digno de tratamiento. Parecía que el estar a oscuras la alejaba de mi casa pero a un precio muy elevado. Vacíe mi vida íntima para algo tan sencillo como llamar a la Policía y que le den una orden de alejamiento. Pude abrir la primera vez pero fui alertado de las debilidades y manías de mi vecina cercana. Por eso estoy como estoy.

He acabado por aparcar lejos de casa, entrar por el patio de atrás, no ver la TV, ni abrir las ventanas. Me asfixio, esto no es vida, se acabó. Y al correr las cortinas veo a mi vecina encaramada en la valla. Como si se hubiese quedado atascada pretendiendo entrar en mi propiedad.

La muy... Soy un caballero y, en otras ocasiones, saldría a ayudar a cualquier persona pero esto es allanamiento de morada infraganti. La Policía no tardó en llegar. La mujer fue bajada en un estado de histeria y haciendo gestos hacia mí. Los agentes se acercaron.
—¿Es cierto que lleva llamando a su casa varios días y usted no abre la puerta?
—Así es...

—¿Alguna explicación para no atender a esta mujer en apuros?
—Es una chiflada que quiere intimar.
—Lamento decirle que esta señora no desea nada con usted. Su gato está subido en lo alto de su pino y no sabe bajar. Por eso quería entrar para ver como hacerlo. Y ya no se moleste, los bomberos lo han descendido.
—No tenía ni idea. Me dijeron que era una pesada y yo...
—Sea más sociable. Ha quedado usted muy mal frente a sus vecinos. Ser solidario no es debilidad. Buenas tardes.

Y ví a la mujer con su gato en brazos dando las gracias como una desvalida mujer de mediana edad. Pero cuando todos se fueron, salió al porche y se estuvo un rato mirando mi casa.

Apagué la luz.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Me gusta la noria, subir alto, muy alto y girar con la ciudad a mis pies. Era ver una feria o un parque de atracciones y buscar, instintivamente, ese monstruo que gira y gira sobre si mismo. Mis amigas no le encontraban ningún atractivo, eran más de montañas rusas, experiencia de adrenalina pura. Esto lo veían de viejas, de personas sosas con niños, se reían de mí y esperaban, con gestos de impaciencia, mi vuelta rutinaria por el aire.

Así que solía subir con algún desconocido, personas que se alegraban, otras un cierto temor, vértigo o indiferencia. Pero nunca nadie con ese placer de elevarse tanto que todo el parque quede a tus pies. Eso y las manzanas dulces me traían recuerdos de infancia, de tardes de Navidad, de mis padres siempre pendientes.

Esa tarde, como era habitual, me puse en la cola para subir a la noria. Una especial cerca del mar, así que la experiencia iba a ser muy curiosa, surcar el agua desde las alturas para luego ver el puerto y los barcos a tus pies. Mis amigas se sentaron a esperar burlándose de mi blandura, de esa cobardía que me llevaba a atracciones tan previsibles.

Me tocó una mujer mayor, nerviosa pero excitada. Me sonrió y se aferró al agarradero como buscando ese punto de apoyo para no salir volando. Todo era como supuse, ver el mar, las luces del puerto, la ciudad, fue una experiencia mágica. Hice fotos, sentí la brisa marina, y rodaba y rodaba encantada hasta que se detuvo de golpe.

Todos nos quedamos extrañados, una extrañeza que se

volvió alarmante cuando la luz se apagó. Oi gritos, hay personas que pierden los nervios enseguida. Yo, al principio, como me toco quedarme arriba del todo, me sentí como en un palco privilegiado. Pero después de diez minutos supimos que aquello se había estropeado, que tardaríamos en ser sacados de allí. Los nervios empezaron a traicionarnos y se escucharon gritos de enojo contra la empresa, ganas de bajar, volver a tocar suelo.

Hay que recordar que estábamos encima del mar, se escuchaba el sonido rítmico de las olas y me pareció que mis amigas me llamaban para saber como estaba. Mi compañera de cesta estaba blanca, apenas podía decir una palabra, tensa, aterrada.

De repente se levanta y dice que se va, que no soporta estar en el aire. Creo que es una broma pero se sale del cubilete y se engancha a los hierros del entramado de la noria y, con la precisión y la osadía del hombre sometido a una situación desconocida, se fue desplazando mientras se decía, no mires abajo, no mires.

Yo quise detenerla, hacerle ver que si, de repente se ponía en funcionamiento, saldría disparada, o eletrocutada, vete a saber. Pero llego al suelo y se desmayó. Pude ver a los sanitarios y a la Policía gritando, por un altavoz, que no se nos ocurriera hacer lo mismo.

Tres horas allí arriba, helada, sola, fueron suficiente para sentir una repulsa por la noria. Estaba saturada de altura, de vistas detenidas, de oscuridad, con ganas de gritar, llorar, tirarme al mar. Pero mis amigas tenían razón, soy

una cobarde que es incapaz de subir a las atracciones de riesgo. Aunque visto lo visto, mantener la calma sin hacer lo de esa mujer histérica, era señal de fortaleza, de valor. Al final vino la luz y se escucharon aplausos y un suspiro que invadió la noria. Nos dio un par de vueltas de regalo aunque nadie las apreciamos porque deseamos pisar tierra y salir de allí.

Poco a poco fuimos bajando. Otra media hora larga, unos sanitarios se preocupaban por cada persona y, algunos, estaban tan nerviosos que debieron darles calmantes. La Policía estaba por si alguien deseaba denunciar, que lo hubo. El miedo saca la agresividad y el deseo de venganza.

También estaba el dueño de la atracción, pidiendo disculpas y ofreciendo entradas gratis para la noria y otras atracciones. Yo no quise pastillas, ni denuncié algo que era una experiencia casual y no intencionada. En cuanto a las disculpas del compungido dueño las acepté y quise decirle que era muy hermosa... Pero una vez en tierra y con mis amigas, repartí las entradas, todas menos las de la noria que rompí y tiré a una papelera.

No me gusta la noria.

Soy un hombre tranquilo, de esos bonachones que nadie toma en serio, un don nadie con poca sangre en las venas. Y es que todo me daba mucha pereza, demasiada para hacer cambios incluso en la intimidad de mi casa. Era como un gato que ronronea entre almohadones, siempre sin prisa, sin levantar la voz. Y veía a los demás acelerados, con estrés, casados con malas mujeres, divorciados, solteros con hijos, homosexuales escondidos, toda una fauna que hablaba mucho, buscaba soluciones a todo trapo sin descanso, con prisas.

Soy un hombre desganado, de esos que gustan ir solos al cine un domingo por la tarde, que se sientan en un banco, que hablan en la cola de cualquier sitio, con quien sea, de bobadas, de trivialidades que no molestan, ni educan, ni sirven más que para pasar el tiempo. Mi tiempo era elástico, no había una hora determinada, ni un telf necesario, ni una amistad imprescindible. Mi vida era previsible pero si desapareciera nadie lo notaría.

Soy un hombre pacífico pero desconfiado. Hacia días que notaba que habían cosas, en el jardín, movidas de sitio, objetos que yo veía cada vez que entraba y salía, que no tocaba y que no pueden hacerlo solos. Eso me tenía más nervioso de lo habitual. Algo no iba bien. Seguramente los chiquillos del barrio que quieren reírse de mi, el hombre gordo y fofo que camina despacio.

Soy un hombre afable pero hace días que, en la noche, escucho pisadas, alguien está fuera. Y me arrepiento de no haberme quedado con aquel perro que estuvo por aquí buscando refugio. Pero soy así, me asustan las responsa-

bilidades, tener algo entre manos, lidiar con un ser vivo. Nunca me inmuto pero estas cosas comienzan a alterar mi sueño, a que extreme la vigilancia. Eso me hace recordar que la cocina tiene una cerradura insegura, mañana tendré, si me levanto con ganas, que comprar un pestillo. Pero sé, que cuando amanezca, todo esto me parecerá una tontería y lo dejaré pasar. Una cerveza o dos acabarán por aplacar la urgencia de salir a comprar. ¡Un momento! Alguien ha entrado, está en el salón, creerá que duermo como un lirón, no sabe qué he visto la luz de la linterna, que se que busca algo en los cajones.

Soy un hombre tranquilo pero estoy muy asustado. Hago lo contrario que te dice la lógica, debería huir, esconderme, pero voy a su encuentro. Sé que estos ladronzuelos acaban en la cocina para comer o beber algo. Allí me verá. Como me imaginaba entro sigiloso en la cocina y le clavé un cuchillo. Sé desplomó en el acto y yo casi me desmayo. Abro la luz o no, salgo corriendo o pido ayuda...

Al final encendí la luz y vi al chaval de mi vecino. No tendría más de quince años y llevaba de botín mis trofeos de cuando fui un deportista de élite. Soy un cobarde que ha perdido la sensatez. Estos años de abandono físico me volvieron paranoico.

Soy un asesino.
—112, ¿cuál es su emergencia?

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Este niño no era deseado, jamás pensamos en aumentar la familia y mucho menos con mi marido en paro. Pero avisó de su llegada y no fuimos capaces más que de buscar un hueco en nuestra pequeña casa y en nuestros corazones desolados. Muchas preguntas, dudas y reproches, debimos tomar precauciones, así no podrás trabajar, imposible mantener una familia.

Desquiciados por un porvenir que se nos echaba encima, otra boca que alimentar sin apenas recursos y otro niño al que educar. Decir que no dormí inquieta sería mentir, me dolía el cuerpo y el corazón. Ser madre es un proceso biológico con gran carga emotiva. Una parte de mi amaba ya a ese neonato y la otra quería creer que al despertar solo fuese un sueño. Hicimos números, hablamos con otras parejas, aluvión de ropa de segunda mano, cochecitos y accesorios que dormían en los trasteros y que volvían a ser útiles en esta generosa demostración de empatia social.

Los niños dormían los tres en la misma habitación, así que este ya no tenía cabida. En el dormitorio con nosotros y luego ya se vería. Quizás el cobertizo pueda ser dormitorio para el mayor que ya empieza a demostrar síntomas de cansancio por falta de espacio. En general, mis hijos aceptaron la noticia, más con asombro que otra cosa. El más pequeño tenía 10 años y nunca creyeron que habría un bebé gateando a esas alturas.

Me miraba en el espejo buscando las señales de ese habitante del vientre que debía ya dormitar en mi. Este niño no vendría con un pan bajo el brazo, quizás el mayor deba colaborar trabajando en algo para que salgamos adelan-

te. Esto le molestó, vamos a ser claros, tenía una vida cómoda dentro de la estrechez y la humildad, tener que trabajar para aportar en casa no es lo mismo que hacerlo para tus caprichos. Y mirábamos al padre que, resignado, había aceptado el paro sin intención clara de volver al mundo laboral. Se sintió presionado en exceso y nos abandonó. Así como lo digo. No estaba dispuesto a bregar con otro crío y a pasar nueve meses con una mujer deformada y llena de caprichos.

Una mañana, una nota en la nevera nos decía adiós. Cogió la furgoneta y nunca más supimos de él. Mi hijo mayor me echó la culpa, esa preñez añosa era la culpable y no pensaba hacer de canguro. Con este panorama me veía abocada a una ruina total, a la pérdida de la unidad familiar, quizás no debiera nacer y listo y hecho. Me dirigí al médico para saber cómo abortarlo.

Me hicieron las pruebas. Allí, esperando, tuve mi lucha interna. Me dolía perder esta vida, me dolía haber perdido a mi marido, incluso a mi hijo mayor. Todo eran pérdidas desde que germinó en mi. El médico vino con una sonrisa. Este se quedará helado cuando le diga que no lo voy a tener. Va a ser un escándalo.
—Querida señora, usted no está embarazada.
—No tengo la regla, dos faltas.
—Es cierto, es la menopausia. Está usted dando los últimos coletazos. Estará así con idas y venidas hasta que no vuelva más. Pero debe tener cuidado, pues deben pasar ocho meses seguidos sin regla para darlo por terminado. Podría quedarse embarazada.

Me quedé de piedra, ni siquiera sospeche ni podía imaginar, tengo 46 años, otras los tienen con más edad. Y el tonto y cobarde de mi marido se ha ido por una falsa alarma. Se enterará y querrá volver, pero no le voy a permitir que se arrime de nuevo alguien que me dejó sola en una situación que creíamos limite. También mi hijo mayor ha demostrado ser de la misma calidad y generosa actitud que su progenitor.

No he tenido que decirle nada, creo que mi mirada le anunció que había llegado el momento de abandonar el nido. Se han ido, me he quedado con los dos pequeños, trabajo en lo que me sale y mi vida pobre y frágil es ahora feliz y tranquila. Ese niño no era deseado, no existió, pero me ayudó a limpiar mi espacio de personas que no estaban allí por mi, sino por comodidad.

No sé donde estoy, qué ha pasado. Recuerdo salir de casa y luego oscuridad. El miedo hizo que no sintiera dolor a pesar del golpe. Tengo la boca seca, me duelen las muñecas de la posición forzada con la que me sujetan y la oscuridad es total. Algo me cubre la cabeza. Es lo peor, no reconozco el lugar, ni siquiera se si estoy sola. El terror es como una corriente eléctrica que eriza la piel. Me orino encima. No sé la hora que es, el tiempo que estoy aquí. Me estarán buscando. Pero el móvil, mis cosas, ni siquiera se si voy con mi ropa. Estoy sobre algo blando, una colchoneta o similar a ras del suelo, huele a humedad, debe ser un sótano.

Creo que hay un punto de luz, noto cierta claridad y un poco de calor en una zona del cuerpo. No puedo apenas moverme, las piernas están entumecidas y me duele respirar. No sé quién me retiene ni el motivo. No recuerdo tener nada con nadie, nunca he recibido amenazas ni anónimos. No creo tener enemigos... Me asusta ignorar que día es, si es de noche, si me están buscando. ¿Es un secuestro? Mi familia es humilde, no pueden pagar nada, quedaré a expensas de estos malhechores. ¿Me irán a matar, me han violentado? ¿Cuántos son, donde están? Tengo el presentimiento de que uno de ellos está aquí. Me vigila y esa sensación es altamente alarmante.

He pedido ayuda, gritado, insultado, he llorado y amenazado. Nada, la respuesta en un silencio total. De vez en cuando me sueltan y acercan a un urinario y después arrastran hasta mí un recipiente con alimento. No verlo hace que no sepas que es y el asco te impide tragar. Me siento sucia, dolorida, como si llevara meses, quizás sea

así, este en manos de un psicópata enamorado que me retiene para su capricho.
No quiero morir, soy joven, tengo tantos planes, lugares a los que ir. Deseo ser madre, ver crecer a mis hijos, abrazar a mis padres. No puedo rezar, es como hablar con uno mismo, nada me consuela y en nada creo. Miro hacia atrás y se que no he llevado una vida ejemplar. Comprendo que la expulsión académica fue lo mínimo para alguien que vende drogas en el centro.

Demasiados chicos y ningún compromiso, una mujer ligera y de gustos caros. He jugado con malas cartas, he provocado a la fatalidad y soy prisionera del mal que he hecho. Alguien ha entrado, noto su olor, es un hombre. Se mueve despacio, diría que me contempla. De repente siento un fuerte dolor en el costado.
—Anda puta confiesa, no saldrás jamás si no largas.

No sé qué me habla. Debe ser una confusión, apenas puedo hablar del dolor y el miedo.
—¿Qué quiere saber? Soy una mujer sin secretos.
—Ya, un angelito. Ahora me cuentas una mentira. Sabemos que trabajas para alguien, eres su chica y él es tu proxeneta. Menos lobos, caperucita.

Me están entrando los mil mares, será un sueño o una cámara oculta.
—Por favor, solo soy una maestra que vive con sus padres. Unas personas mayores que deben estar preocupados.
—Jajaja, tus viejos son traficantes, ambos entran y salen del talego. Tú eres el camello, necesitamos saber por dónde recibes la heroína.

¿Mis padres en la cárcel? Pero si son don jubilados del inserso y yo una maestra que dejó atrás su tiempo de los porros. Creo que hay una confusión.
Otro golpe me hace ver que el diálogo es imposible, están convencidos y me matarán porque no puedo darles lo que quieren. No quiero morir, acabo de conocer a un chico, he dado la entrada a un piso, estudio oposiciones.

Alguien entra precipitadamente y antes de ser de nuevo golpeada, le dice.
—No es ella, te has confundido. Esta es una mosquita muerta, una infeliz y poco a poco noto que me van soltando y me arrastran fuera a un coche. Kilómetro más o menos, abren la puerta y me sueltan. Un campo, cerca de un río, se oyen campanas, estoy cerca de una población.

No quiero morir.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

No sé si ir o quedarme, me dan pereza ambas cosas. Pero estar solo tampoco es agradable. Es que no sé si seré bien recibido o me miraran raro, nunca se sabe cuando estás fuera de tu circulo íntimo.

Esa invitación me extrañó, es raro, a mí, ahora, no tiene sentido. Esas personas no suelen detenerse cuando me ven, más bien diría que fingen no verme. Por eso estoy indeciso. Me gusta salir de la rutina pero no todo vale, a mi cualquier persona no me sirve para una conversación, por eso dudo. Creo que no tenemos puntos de encuentro, somos dispares irremediables. Pero puede que ahí resida lo gratificante, poder ser en donde no eres nadie, hablar entre gente que nunca escucho tu voz.

No sé, todo es precipitado, de un día para otro, como si no desearan que tuvieras tiempo para decidir. No me conocen, soy de los que dan vueltas y vueltas a cualquier cosa, manzana verde o roja, sandia o melón... Imagina ir o no ir. Una pereza increíble. No sé cómo vestir, como irán los demás y esperan verme. Me horroriza tanto pasarme como quedar corto. No soy hombre de eventos públicos, de exponerme socialmente. Por otro lado está soledad, desde que murió mi mujer, se me está enquistando.He llegado a ese momento crítico de no tener ganas de levantarme, de comer sobras y, lo que es peor, recurrir a fármacos.

Unos para levantar el ánimo, para relajarme y para dormir. Mentiría si dijera que no sigo el orden y que seguramente he abusado de ellos sin darme cuenta. Sino de que esa tontuna que me tiene abotargado hasta el extremo de no sentir hambre.

Esta invitación no sé si es intencionada, quizás sepan que estoy cayendo en depresión. Pero qué caray, si nadie viene a verme. Se lo han enviado a todos para reunir a alguien. La mayoría prefiere ver la TV en pijama. Es más cómodo. Me dicen que aún soy joven, cosa que es una mentira piadosa que aborrezco. Soy viejo, vale que aún puedo vivir solo y tengo la mente clara, pero de ahí a querer parecer un cincuentón y buscarme mujer para ir a bailar, hay un abismo que ni loco voy a saltar. No lo hice con ella, voy a hacer el tonto y a trotar como un poseso con otra vieja con síndrome de Peter Pan. No voy, lo he decidido. Me gusta la soledad, tenerlo todo controlado y acostarme pronto.

Voy, lo he decidido, necesito conocer gente, pronto me veré limitado y puede que un poco loco. Voy y vengo enseguida, me quedo pero me disculpo, lo dejo pasar, otra vez será.

Pero y si no hay otra vez, igual mi rechazo genere el olvido, me pongan en la lista de los nunca más, esos que ya dejaron de ser visibles y, por tanto, no invitados. Pues que me olviden, no sé me ha perdido allí nada, una pandilla de abuelos que creen, a estas alturas, que van a hacer lo que nunca hicieron. Es tarde y a mí no me gusta hacer el ridículo, ser un abuelo que de lástima. Puede que conozca otra mujer, nunca será como Adela pero puede ser un reclamo para un cuerpo yermo y un alma pantanosa. No sé... A ver, ¿a qué hora es? ¿Cómo? ¡Jajaja! Fue ayer.

Vino a verme tu mujer. A mi me extrañó porque no era algo habitual pero supuse que lo hacía en tu nombre. No tardé en averiguar que vuestro aparente idílico matrimonio era un campo de batalla muy bien orquestado. Quería hablar de ti, saber por dónde entrarte y no precisamente para bien. Es una mujer calculadora y decidida a no salir perjudicada de ese divorcio del que nunca me hablaste.

Me pilló sin información suficiente, no tenía ni idea de lo que pensabas ni ibas a hacer. Así que toreé la situación y la deje más bien confusa pero no tan bélicosa como llegó. No quiero meterme, un matrimonio es un contrato entre dos, una vida compartida, daños y alegrías que pasan desapercibidos a los ojos de los demás.

La verdad es que no prestaba atención a tu mal humor de los últimos meses, ni a que hubieses bajado el rendimiento en las ventas. Baches los tenemos todos, pero creo que había confianza suficiente para pedirme unos días libres e iros a intentar solucionarlo.

Vino a verme tu mujer, quería saber cuánto cobrabas en realidad, si ocultabas algún ingreso. No le di información, entre otras cosas porque no tengo ni idea. Cada uno de nosotros tenemos unas comisiones por vehículo vendido, no llevo la cuenta, no es buen momento.

No sé qué os duele tanto, a que profundidad ha llegado la lesión para que una familia asentada lo tire todo por la ventana. No me voy a posicionar, las mujeres se vuelven locas con el divorcio, pretenden sacar partido y dejar al hombre en situación límite. Pero ella me contó cosas

que no quería saber, detalles tuyos que te dejaban en mal lugar. No eras el marido perfecto y algunas cosas que le contabas eran mentiras

¿Desde cuándo nos reunimos una vez a la semana para hacer balance? ¿De dónde te sacas que nos han bajado el sueldo y quitado las comisiones? Me pusiste en una situación molesta, desesperada. Ella no es una mala mujer, quizás desconfiada en exceso, pero tiene motivos. La has toreado estos años, no sé si tienes a otra, si te ha dado por el juego o bebes en exceso.

Pero ella me pareció mejor persona y que conste que estoy contigo, ellas se aprovechan siempre usando a los hijos de rehenes. Pero es que los abandonaste nada más nacer, te importan menos que los coches que vendes. Disfrutas de caprichos antes que darles algunos a ellos. No te entiendo y eso que estoy de tu parte. Son unas arpías.

Ella vino a verme, quería saber por qué tenías tan pocas vacaciones y es que le has dicho que son solo quince días... ¿Dónde vas a estar los otros quince? Comprendo que nosotros sufrimos mucho estrés pero ella me parece paciente, sumisa, una buena persona.

Después de hablar con ella, una desconocida que me vendiste como la bruja del cuento, he descubierto que ella tiene motivos para dejarte, tus hijos para pasar de ti y yo para desconfiar de tu integridad moral.

Tu mujer vino a verme, me habló, lloró, supe, fui conocedor de tus vicios y limitaciones y no sé cómo.... Pero me

sentí atraído, sentí ternura, soy soltero, es bonita, estaba rota y yo tenía mucho tiempo para pegar esos trozos rotos. Vino a verme y no se marchó.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Acababa de cobrar un dinero muy necesario, esperado en casa con ansiedad. Estábamos pasando un mal momento. Bueno, un momento malo después del anterior y así sucesivamente. Porque tapar un agujero era abrir otro, renunciar a algo, era necesitar otra cosa, siempre al límite del descalabro, del embargo, nunca saber si habrá de todo y para todos o tendré que renunciar y estirar.

Acabo de cobrar y este dinero nos dará un respiro, podremos llenar el frigorífico, pagar algún plazo, comprar unas gafas... Un cuento de la lechera, un sueño que estaba a punto de estallar por los aires.

Un hombre me asaltó, quería el dinero, mi bolso. Yo me aferraba a él llorando.
—Por favor, no me lo quite, tengo tres hijos y muchas deudas. Este dinero me es muy necesario. No tengo más.
Él insistía.
—Dámelo, tengo también hijos y nada que llevar a casa.
—¡Por favor! Es una situación límite.

Pero la navaja fue una razón de peso para darle el paquete con los cuatro mil euros. Después me desplomé llorando amargamente. Estando en esa desesperación no me di cuenta de lo que estaba haciendo el atracador. Había hecho dos montones de dos mil euros y me dio una.
—Lo necesito, si me va bien te lo devolveré.

Huelga decir que jamás lo ví, que no conté nada. Llevar ese dinero a casa fue tomado como un premio y se pusieron a decidir qué hacer con el. Quise parecer alegre pero faltaba la mitad del dinero, ya no habrían gafas, las cosas

seguirían allí como el triángulo de las Bermudas, un hueco que se traga todo en el abismo de la pobreza energética. Ese dinero me costó sangre y sudor, vencer escrúpulos, traicionar mi moral, hacer oídos sordos. Por ellos, mis hijos, por todos, por esa casa miserable por la que pagamos un alto alquiler, las medicinas de mi marido, el gas, colegios.

Sigo pobre, un poco aliviada pero no salvada.

Eres rara, muy rara, demasiado rara para ser querida, aceptada, amada. Eres lo contrario, el revés, la vuelta de atrás, imposible coincidir, seguirte, que animes, enamores. Y ella se creía real, única, perfecta en su imperfección, normal en su anormalidad.

Nació con una limitación que la hacía altamente inteligente pero incapaz de sostener una conversación, una relación de interacción con otra persona. Yo la entendía, sabía ver en su rareza una belleza salvaje, virgen, comprendía su falta de información porque su cuerpo era el reflejo perfecto y armónico del caos de movimientos.

Nadie la quería porque se repudia lo diferente, la persona que mantiene una trayectoria, equivocada o no, una forma de ser, perfecta, imperfecta, regular e irregular. Ella quería ser amada sin saber lo que era el amor, hablar sin decir palabra. Sus padres la abandonaron en el torno del convento. Una niña preciosa pero con los signos inequívocos de esa peculiaridad que harían de ella una niña siempre. Revuelo y alarma entre las hermanas, todas ansiosas, con ese instinto de protección femenino por las crías desvalidas.

Eres muy rara, naciste sin ser esperada, oculta, silenciada. Y se decidió llevarla a la Casa Cuna, entidad para madres solteras que el convento regentaba. Allí podría criarse para darle la posibilidad de adopción.
Pero todas sabíamos que nadie quería un niño así. Les asusta esa ingenuidad perpetua, sus gestos infantiles en cuerpos grandes, sus problemas físicos, el que dirán.

Eres una muñeca, una preciosa niña que podrá estudiar y ser cualquier cosa si recibe la atención precisa. Pero tus rasgos te delatan y uno a uno te van rechazando mientras con una sonrisa sin doblez te aferrabas a cada rostro. La última niña así no tuvo suerte y quedó bajo la custodia de asuntos sociales.

Eres rara, especial, maravillosa, hay tanto amor en ti, posibilidades infinitas, la hija perfecta. Pero los potenciales padres buscan hijos a la carta, genéticamente perfectos y, si puede ser, guapos. Tu belleza es abstracta, distinta, hay que saber mirar con los ojos del corazón, ser generosos y tener un exceso de cariño que regalar.

Nosotras somos madres pero no una madre particular, de esas que abrazan, besan y miman. Nosotras solo podemos ampararte , desear que alguien se levante hoy con la necesidad de una hija, una persona que se enamore de ti nada más verte.

Eres rara, muy rara, de una rareza especial, inmaculada.

8
HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

Soy gorda, gorda desde niña, como mi madre, como mi padre. Con ese sobrepeso que hace que nuestra casa tenga un aspecto descuidado. Muebles anchos, desproporcionados, hundidos o rotos. Una cocina culpable callada de tanta grasa acumulada que se resiste a marchar. Un frigorífico que es una muestra física de todo aquello que no se debe comer o, al menos, hacerlo muy de vez en cuando y con mesura. Pero nosotros somos incapaces de la rutina y fuerza de voluntad de una de las tantas dietas milagro que, siempre anuncia una persona sin una mácula de adiposidad.

Soy gorda de esas que huyen de las tiendas y probadores, que no se miran en los espejos ni piden opinión. Da igual el color de los ojos el perfil de los labios, la hermosa melena. Todo queda oculto en un todo, una masa cárnica que no tiene aristas, fofa y llena de oscureces en zonas de roce continuo. No me gusto, no me gustan mis padres, me avergüenzo de ellos, de mi, del carro del súper, de la ingesta exagerada de todo aquello que sea comestible. Odio la grasa, los fritos y empanados, dulces y helados, aborrezco los bizcochos, el chocolate y los pasteles. Pero todo eso nos está matando, a base de calorías extras que se apoderan de nuestro cuerpo.

Soy gorda, de esas acostumbradas a que murmuren a su paso, las risas solapadas, esa falsa moralina de las esbeltas y modelicas personas que tienen cuerpos perfectos. Mis padres nacieron así, se enamoraron del otro en un reconocimiento de una realidad que los abarcaba y eliminaba ese estrés de fingir, con fajas y ropas oscuras y anchas unos cuerpos que ya eran irreconocibles. De hecho dieron

por sentado que nunca serían padres. El médico alegó un riesgo extremo para ella y el feto. Sé equivocó, prueba de ello soy yo. Una niña enorme que nació por cesárea y antes de tiempo. El bebé gigante que apenas cabía en una incubadora. La atracción del hospital, la cara de asombro de familiares y amigos. Una niña de siete kilos, toda una intención desde la llegada al mundo. Mi madre, con ese sentido del humor de las personas gordas, me llamó Barbara. Y es que era una barbaridad. No me sirvió apenas el cochecito ni la cuna. Por no hablar de la bañerita rosa.

Yo era gorda, sonrosada y feliz. Comía con apetito y pronto mis abuelos no pudieron conmigo. El colegio fue la experiencia más dura, sin piedad me juzgaron y fui torturada física y psíquicamente. Ser gruesa era sinónimo de tonta, anormal y fuera de servicio. Nunca hice gimnasia, participe en las representaciones. Mi pupitre era uno de adultos y no me llegaban los pies al suelo. Prefiero no contar como subía y bajaba y las veces que me quede allí suspendida, fuera del tiempo y el espacio, hasta que mi madre reparaba en mi ausencia y entraba como un trueno arroyando a quienes se oponían a su paso por el recinto escolar. Cuando finalizó la etapa escolar volví a dormir en paz. Ya no estaba obligada a la exposición pública, podía no salir, vivir intramuros, comer a destajo y dormir sin remordimientos.

Soy gorda de vocación, encuentro felicidad en ese sillón enorme, solo mío, que se amolda a mi tamaño y me tiene en confortable apatía. Mis padres no trabajan, hace años que su obesidad crónica los apartó de toda vida laboral. Son viajeros de hospital, turistas de pruebas mé-

dicas, adictos a las medicinas. Sé quieren, se gustan, se comprenden y apoyan. Somos gordos y queremos seguir así sin esa presión mediática para ser esqueletos alimentados con algas y yogures probióticos. Poder ir al cine, a un bar, sentarse en un parque es una tarea imposible cuando los asientos están pensados para una determinada talla.

Soy gorda y necesito dos asientos en el bus, poder hacerlo sin miradas de mira esa gorda egoísta. Comer sin miradas recriminadoras de y querrá estar delgada comiendo así. Vestirme con ropa moderna, alegre, tengo 20 años y no me vale solo tenemos hasta la talla 42.

Soy gorda y eso me hace muy reservada. Las chicas son delgadas, van con ropas ajustadas, se mueven con agilidad, van a la piscina... No aceptan a los gordos, no gustamos, no somos interesantes. Mis amigos son virtuales, allí puedo ser delgada, cualquier cosa, miento, me invento una realidad ficticia. Era una victoria pirrica, falsa. Mis padres me abrieron los ojos, ellos se aman en toda su corporeidad, debía ser sincera, buscar páginas de personas similares, poner una foto real. Y luego ser yo en total libertad. Era como un suicidio mediático, aunque no soy fea mi cuerpo es una masa deformada que no pretendo enseñar. Aún así les hice caso, surgió la amistad con otra joven que vivía encerrada, aterrada por los insultos, agotada por el esfuerzo para desplazarse. Juntas creamos un universo de ideas, un mundo paralelo donde la humanidad supera la física y las risas las burlas del ignorante.

Soy muy gorda, somos gordas.

Desde niña supe que era distinta, eso se nota, se intuye. Las cosas que se me ofrecían para jugar, me resultaban ajenas, yo prefería otras que nunca me regalaban. Me producía horror ponerme un vestido, lo mío eran los pantalones, el barro, los árboles.

Mis padres tenían riñas constantes conmigo y un enfrentamiento con mis hermanas muñecas y dóciles. Eran hermosas, de gestos frágiles y voces armoniosas. Muy lejos de mí aspecto más similar a mi hermano mayor. Era el espejo en el que me miraba, lo que anhelaba ser.

Desde niña me sentí ausente en mi propio cuerpo, como si el exterior no coincidiera con mi pensamiento. Un duelo que me mantenía en tierra de nadie, en una burbuja ausente lejos de cualquier parte.

Al crecer la biología me introdujo en el grupo de los seres humanos que pueden ser fecundados y crear vida. Ahí se me planteó el mayor interrogante, supe que nunca debí llegar a ello si deseaba ser otra persona.

Pero no es fácil, nadie te cuenta, prefieren mirar a otro lado, dejar que sea tarde, demasiado tarde. Y yo odiaba esos días, cada mes, mi cuerpo y sus alteraciones hasta que la conocí.

Ella era muy bonita, femenina, dulce y atrevida. Creo que intuyó mi alma, supo ver las señales, ese aura que nos define. A partir de ahí nos hicimos inseparables. Conocí que ella también supo que era diferente pero no odiaba su cuerpo. Estaba contenta con su feminidad, tan solo tenía

cambiado el deseo. Los hombres no eran su prioridad, ni siquiera la maternidad.

Me fue fácil enamorarme de ella, aceptar que dos cuerpos idénticos pudieran complementarse felizmente y sin la procreación como fin inmediato. Empecé mi noviazgo a escondidas de mis padres. Ellos estaban tranquilos desde que dejé de decir que mi cuerpo no era mío. Lejos estaban de imaginar que había terminado por amar el cuerpo femenino desde mi apreciación masculina del mío.

No entraré en detalles íntimos de una relación fuera de lo habitual, era amor, placentero y lo mejor que siendo iguales no se producían esos desencuentros tan habituales en los matrimonios. Porque ambos sexos son opuestos no sólo en su morfología, también en su psique. Aman de distinta manera, sufren y piensan según su lugar y estado. Nosotras éramos amigas, hermanas y amantes. Conocimos al dedillo aquello que nos gustaba y lo que no. Es una ganancia saber los atajos, conocer los pensamientos, las dudas, miedos y alegrías.

Supe que era diferente, quise cambiar de sexo, ser un chico y amarla como tal. Pero ella no deseaba un varón, me quería como mujer y, en este conflicto surgió el amor en su máxima expresión. Mis padres nos pillaron, en una de esas noches de pijama. Lo que vieron los dejó sin habla. Sabían de esa posibilidad, pero nunca imaginaron que yo, que en mi cama, así, tan crudamente.

Estaban avergonzados, como si ese amor fuera una tara o una enfermedad incurable. Les mostré mi felicidad, la

paz que ella me daba, el final de mis dudas, de las noches sin dormir, mi agresividad y mi silencio. Ella era especial, amante y cálida, conciliadora sutil que los atrajo en poco tiempo.

Siempre supe no me gustaban los niños, que jamás me casaría... Lo supe pero me casé con ella y adoptamos un niño. Ahora mis padres son abuelos de un nieto adoptado y tienen una nuera en vez de un yerno.

Siempre lo supe.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

No sé si te perdí o nunca fuiste mío, pero despierto sabiendo que hoy no te voy a ver, ni te vi ayer, ni antes de ayer, ni siquiera mañana. Y mi mundo se estrecha tanto que apenas alcanza el quicio de la puerta y no deseo más luz que la que se cuela por la ventana.

No sé si me dejaste o yo te dejé, pero me duele el pecho y me faltan las fuerzas. Porque eras esa parte de mí que nunca contemplo, el lado oscuro, mi yo, reservado para ti desde mi nacimiento. Fueron las prisas de un calor inusitado o ese frío que se arrastra y adormece el corazón.

No sé si te dejé o me dejaste, o nos perdimos el uno al otro en esa necesidad por abarcar, poseer y dejar marchar. El amor es una carrera de fondo, requiere un calentamiento previo, ejercicios suaves que suben en aumento, pero nosotros nos lanzamos a lo loco, sin dilaciones, sin aliento. Nadie resiste esa presión, llegar al final sin antes conocerse, olvidar tu nombre antes de perderte en esa frenética necesidad de apurar los segundos como si no hubiera más vida que esa.

No sé si fui yo o fuiste tú, quien se derrumbó primero, cayó fulminado ahito de atención, aburrido de los besos y harto de tener esa presencia que sube arriba y baja abajo. Sé que cada día duele menos, el despertar abarca ya más allá de la puerta y la luz es una invitación no invitada.

No sé si fuiste tú o fui yo, pero fue lo mejor.

HUAWEI P30 lite
TRIPLE CAMERA

ROSA MARÍA JIMÉNEZ MARZAL

MANO IZQUIERDA EDITORES